



**IDHUS**  
Instituto para el Desarrollo  
de Sociedades Humanas

# El envejecimiento poblacional y sus implicaciones sociales y económicas



El envejecimiento poblacional se ha consolidado como uno de los fenómenos estructurales más decisivos del siglo XXI. A medida que la longevidad se convierte en una característica definitoria de nuestras sociedades, se hace imprescindible comprender el impacto transversal que este proceso tiene sobre los sistemas de protección social, la organización del trabajo, la distribución del cuidado, el diseño de las ciudades, la sostenibilidad fiscal y los vínculos intergeneracionales. Lejos de tratarse de un fenómeno estrictamente demográfico, el envejecimiento interpela el núcleo mismo del contrato social contemporáneo y nos obliga a repensar, con profundidad y perspectiva, nuestras nociones de bienestar, ciudadanía, productividad y vida colectiva.

Este dossier temático, estructurado en nueve capítulos, ofrece un análisis integral del envejecimiento desde múltiples dimensiones: conceptual, económica, social, política y cultural. A través de datos actualizados, marcos analíticos rigurosos, estudios de caso internacionales y propuestas estratégicas, se busca contribuir al debate público, académico e institucional sobre cómo transitar, de manera justa y sostenible, hacia sociedades donde envejecer no sea una experiencia de exclusión o dependencia, sino una etapa vital digna, activa y reconocida.

La intención de este trabajo no es solo ofrecer diagnóstico y proyecciones, sino también abrir espacio a la imaginación política, a la innovación social y a la acción colectiva. En un mundo cada vez más longevo, el desafío no consiste en evitar el envejecimiento, sino en aprender a convivir con él, incorporarlo como eje estratégico de desarrollo humano, y construir entornos, políticas y culturas que reconozcan el valor de todas las edades.

David González  
Director  
Instituto IDHUS

## Contenido

Introducción.....	5
¿Por qué hablar del envejecimiento hoy? .....	5
Alcance del dossier y enfoque de análisis .....	6
Metodología y fuentes consultadas .....	7
Marco conceptual y datos clave .....	9
¿Qué es el envejecimiento poblacional?.....	9
Indicadores demográficos relevantes (esperanza de vida, tasa de dependencia, etc.)10	
Tendencias globales, regionales y nacionales.....	14
Factores estructurales del envejecimiento .....	17
Implicaciones económicas.....	19
Impacto en el mercado laboral: envejecimiento de la fuerza de trabajo.....	19
Pensiones y sostenibilidad de los sistemas de seguridad social.....	21
Cambios en el patrón de consumo y ahorro.....	23
Productividad, innovación y envejecimiento.....	26
Nuevos nichos de mercado: economía plateada.....	28
Impactos sociales y culturales .....	31
Transformación de las estructuras familiares y comunitarias .....	31
Atención a la dependencia y cuidados de larga duración.....	33
Salud mental y soledad en la vejez .....	36
Representaciones culturales del envejecimiento.....	38
Edadismo y discriminación por edad.....	40
Políticas públicas frente al envejecimiento .....	43
Reformas en pensiones y sistemas de protección.....	43
Modelos de atención a la dependencia: del institucional al comunitario .....	45
Urbanismo y envejecimiento: ciudades amigables.....	47
Educación a lo largo de la vida y envejecimiento activo .....	49
Tecnologías para la inclusión y autonomía .....	51
Perspectivas de futuro .....	53
Proyecciones demográficas al 2050 y 2100.....	53
¿Un nuevo contrato intergeneracional? .....	56
Posibles escenarios: ¿crisis, adaptación o renovación? .....	58

Oportunidades emergentes ante una sociedad longeva.....	59
Innovación social frente al envejecimiento .....	61
Estudios de caso .....	64
Japón: longevidad, crisis laboral y robótica.....	64
Europa occidental: envejecimiento acelerado y estado del bienestar .....	66
América Latina: envejecimiento sin riqueza.....	68
África y el doble reto: juventud creciente y cuidado de mayores .....	71
Ciudades longevas: políticas urbanas y locales ejemplares .....	73
Conclusiones y recomendaciones .....	76
Síntesis de hallazgos .....	76
Riesgos y oportunidades clave .....	78
Recomendaciones para gobiernos, empresas y sociedad civil.....	79
Preguntas abiertas para seguir investigando .....	82
Anexos .....	84
Glosario de términos.....	84
Datos estadísticos y gráficas clave .....	86
Bibliografía y enlaces recomendados .....	89
Conclusión.....	91

# Introducción

## ¿Por qué hablar del envejecimiento hoy?



En la actualidad, el envejecimiento poblacional se ha consolidado como una de las transformaciones demográficas más significativas del siglo XXI, con profundas repercusiones en los órdenes social, económico, político y cultural. Hablar del envejecimiento hoy no responde únicamente a una preocupación estadística o biomédica, sino a la necesidad de comprender un fenómeno que reconfigura las bases sobre las cuales se organizan las sociedades contemporáneas. El aumento sostenido de la esperanza de vida, junto con la disminución de las tasas de natalidad y fertilidad en amplias regiones del mundo, está generando un cambio estructural en la pirámide poblacional, dando lugar a sociedades donde los grupos etarios mayores de 60 años constituyen una proporción creciente de la población total.

Este fenómeno no se limita a los países desarrollados. Aunque Europa, Japón y otros países de altos ingresos ya experimentan los efectos del envejecimiento desde hace décadas, muchas regiones de ingresos medios y bajos, como América Latina, Asia y algunos sectores urbanos de África, están transitando aceleradamente hacia escenarios similares, aunque en condiciones institucionales, económicas y sociales menos robustas. Se trata, por tanto, de un fenómeno global, interdependiente y multiescalar, cuyas implicaciones trascienden fronteras y desafían los modelos tradicionales de crecimiento, cohesión social y bienestar.

Abordar el envejecimiento hoy también es crucial porque pone en evidencia tensiones fundamentales entre generaciones, sistemas de protección social y modelos económicos basados históricamente en la productividad de la población en edad activa. El envejecimiento interroga directamente las capacidades de los sistemas de salud, las políticas públicas de pensiones y cuidados, y la sostenibilidad de los contratos sociales vigentes. Además, cuestiona las narrativas dominantes sobre el ciclo vital, el trabajo, la jubilación y el papel de las personas mayores en la vida pública y privada. En este sentido, no es solo un reto cuantitativo, sino cualitativo, cultural y ético.

Por último, resulta imprescindible hablar del envejecimiento hoy porque ofrece también una oportunidad histórica para repensar nuestras formas de convivencia, redistribución y reconocimiento. Las sociedades longevas pueden convertirse en espacios de innovación social, participación intergeneracional y nuevos modelos de desarrollo centrados en el bienestar integral y el valor de la experiencia. Sin embargo, para ello es necesario abandonar las visiones alarmistas o asistencialistas y avanzar hacia una comprensión compleja, propositiva y multidisciplinar del envejecimiento como fenómeno estructural del presente y del futuro.

## **Alcance del dossier y enfoque de análisis**

Este dossier temático se propone ofrecer una visión integral y crítica del envejecimiento poblacional como fenómeno complejo que atraviesa múltiples dimensiones de la vida social contemporánea. Su alcance no se restringe a una mera recopilación de datos demográficos ni a un examen parcial de sus efectos económicos o sanitarios, sino que busca articular una comprensión amplia que incluya las intersecciones entre lo demográfico, lo estructural, lo político y lo cultural. Desde esta perspectiva, el envejecimiento es analizado no solo como una tendencia estadística observable, sino como una transformación estructural que implica revisar profundamente los modelos de organización social, los sistemas productivos, las lógicas de cuidado, los imaginarios colectivos y los marcos de ciudadanía.

El enfoque adoptado en este dossier es de carácter interdisciplinar y prospectivo. Interdisciplinar, porque combina elementos provenientes de la demografía, la economía,

la sociología, la ciencia política, la salud pública, la antropología y los estudios culturales, con el fin de ofrecer una mirada poliédrica que supere los enfoques reduccionistas o fragmentados. Prospectivo, porque no se limita al análisis del estado actual del envejecimiento, sino que proyecta sus posibles derivas y escenarios futuros, atendiendo tanto a los desafíos como a las oportunidades que emergen de este proceso. En ese sentido, se considera que el envejecimiento no debe ser entendido como una "crisis", sino como una mutación social que puede ser gestionada, orientada y resignificada a través de políticas públicas inclusivas, innovación social y transformación cultural.

Asimismo, el dossier delimita su análisis a tres niveles de observación complementarios. En primer lugar, aborda el nivel macroestructural, examinando las dinámicas demográficas globales, los sistemas económicos y las políticas estatales frente al envejecimiento. En segundo lugar, incorpora una mirada mesoestructural, centrada en los entornos urbanos, comunitarios e institucionales donde se gestionan cotidianamente las prácticas de cuidado, salud, participación y trabajo de las personas mayores. Finalmente, se contempla el nivel micro, atendiendo a las experiencias subjetivas, los relatos biográficos y los procesos de construcción identitaria en torno a la vejez, con especial énfasis en las desigualdades de género, clase y etnia que configuran trayectorias diferenciadas de envejecimiento.

Este enfoque integral permite no solo mapear los principales desafíos sociales y económicos que plantea el envejecimiento, sino también identificar experiencias, políticas y narrativas que pueden inspirar una transición hacia sociedades longevas más equitativas, inclusivas y sostenibles. Al establecer este marco analítico y delimitar el alcance del estudio, el dossier se sitúa como una herramienta útil tanto para la reflexión académica como para la formulación de estrategias públicas y privadas orientadas a la transformación social en contextos de cambio demográfico acelerado.

## **Metodología y fuentes consultadas**

La elaboración de este dossier se ha basado en una metodología cualitativa y exploratoria, orientada a articular distintos niveles de análisis con el objetivo de ofrecer una visión comprensiva del fenómeno del envejecimiento poblacional. Se ha adoptado un enfoque documental y analítico, que combina la revisión crítica de literatura académica especializada con el estudio comparado de informes técnicos, bases de datos estadísticas internacionales y documentos de política pública emitidos por organismos multilaterales, gobiernos nacionales, centros de investigación y organizaciones de la sociedad civil.

La revisión bibliográfica se ha centrado en publicaciones académicas de los últimos diez años, especialmente en áreas como demografía, sociología del envejecimiento, economía del bienestar, estudios urbanos, políticas públicas y derechos

humanos. Se han consultado artículos científicos indexados en bases como Scopus, Web of Science y Google Scholar, así como libros y compilaciones editadas por universidades y editoriales académicas de reconocido prestigio. Esta selección ha permitido identificar no solo las principales tendencias teóricas y empíricas en torno al envejecimiento, sino también los debates conceptuales actuales y las líneas emergentes de investigación.

Paralelamente, se han incorporado datos cuantitativos provenientes de fuentes estadísticas oficiales y confiables, tales como la División de Población de las Naciones Unidas (UN DESA), el Banco Mundial, la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE), el Fondo Monetario Internacional (FMI), la Organización Mundial de la Salud (OMS) y Eurostat. Estos datos han sido utilizados para contextualizar las dinámicas globales, regionales y nacionales del envejecimiento, así como para sustentar con evidencia empírica los análisis sobre sus impactos sociales y económicos. Se han empleado también proyecciones demográficas hasta el año 2100 para explorar posibles escenarios futuros.

Además del análisis documental y estadístico, el dossier incorpora estudios de caso seleccionados que permiten ilustrar cómo se experimenta, gestiona y resignifica el envejecimiento en contextos sociopolíticos diversos. Estos estudios han sido elegidos por su relevancia comparativa y por ofrecer ejemplos concretos de políticas públicas, innovaciones sociales o transformaciones culturales vinculadas al envejecimiento poblacional. La inclusión de casos específicos contribuye a enriquecer el análisis con matices contextuales y a visibilizar las respuestas diferenciadas frente a desafíos comunes.

Por último, se ha priorizado una perspectiva crítica y multidisciplinar a lo largo del trabajo, con el objetivo de evitar reduccionismos tecnocráticos o visiones meramente asistencialistas del envejecimiento. Se ha buscado, en cambio, destacar las múltiples dimensiones del fenómeno y su articulación con procesos estructurales más amplios, tales como la reestructuración del mercado de trabajo, los cambios en las dinámicas familiares, las transformaciones del Estado de bienestar o la irrupción de nuevas tecnologías aplicadas al cuidado y la autonomía personal.

# Marco conceptual y datos clave

## ¿Qué es el envejecimiento poblacional?



El envejecimiento poblacional es un proceso demográfico que se manifiesta en el aumento sostenido de la proporción de personas de edad avanzada dentro del total de la población. Este fenómeno se produce como resultado de dos tendencias convergentes: la disminución de las tasas de natalidad y fertilidad, por un lado, y el incremento de la esperanza de vida, por otro. A medida que las sociedades logran avances significativos en salud pública, nutrición, medicina, educación y condiciones de vida, se reduce la mortalidad en todas las etapas del ciclo vital, especialmente en la infancia y la adultez temprana, al tiempo que se alarga la duración media de la vida. Simultáneamente, en muchas regiones del mundo se observa una caída sostenida de la natalidad, debido a factores como la urbanización, el acceso a métodos anticonceptivos, la educación

femenina, la incorporación de las mujeres al mercado laboral y el cambio de valores culturales respecto a la familia.

Desde una perspectiva técnica, el envejecimiento poblacional se mide habitualmente a través de indicadores como la mediana de edad de la población, la proporción de personas mayores de 60 o 65 años, y la tasa de dependencia demográfica, que expresa la relación entre la población en edad potencialmente activa (generalmente entre los 15 y los 64 años) y la población dependiente (menores de 15 y mayores de 65 años). Estos indicadores permiten dar cuenta de la transformación de la estructura por edades de una sociedad y anticipar sus implicaciones en áreas clave como el mercado de trabajo, los sistemas de protección social, la atención sanitaria, la planificación urbana y las relaciones intergeneracionales.

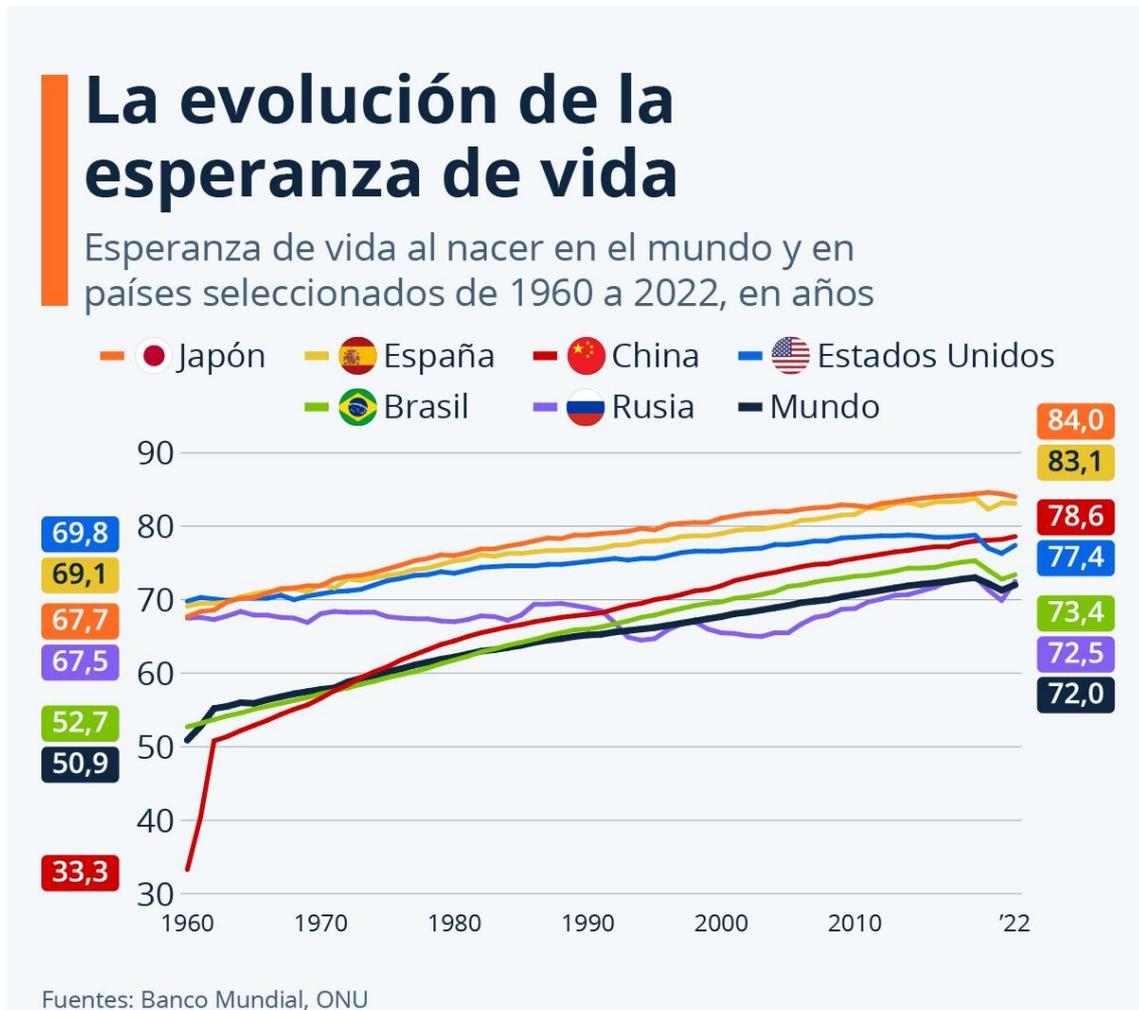
No obstante, el envejecimiento poblacional no debe entenderse únicamente como una cuestión cuantitativa o estadística. Se trata, ante todo, de un fenómeno con profundas implicancias cualitativas que afecta las formas en que las sociedades conceptualizan la vejez, distribuyen recursos, organizan los tiempos de vida y construyen vínculos entre generaciones. El envejecimiento puede generar desafíos significativos para los sistemas económicos y sociales actuales, en especial aquellos diseñados bajo supuestos de crecimiento poblacional constante y predominancia de sectores jóvenes, pero también puede abrir oportunidades para repensar las trayectorias vitales, revalorizar el papel de las personas mayores y promover nuevos modelos de desarrollo humano centrados en la longevidad con dignidad.

Cabe señalar que este proceso no es homogéneo a nivel mundial. Mientras algunas regiones, como Europa y el Este asiático, ya se encuentran en fases avanzadas de envejecimiento, otras, como África subsahariana, aún presentan estructuras demográficas predominantemente jóvenes. Sin embargo, incluso estas últimas experimentarán, en las próximas décadas, un crecimiento sostenido de su población mayor, en muchos casos sin haber consolidado previamente sistemas de protección adecuados para afrontar esta transición. Por ello, el envejecimiento poblacional es considerado un fenómeno global y transversal, que exige respuestas coordinadas, adaptativas y equitativas desde una perspectiva de justicia intergeneracional y sostenibilidad social.

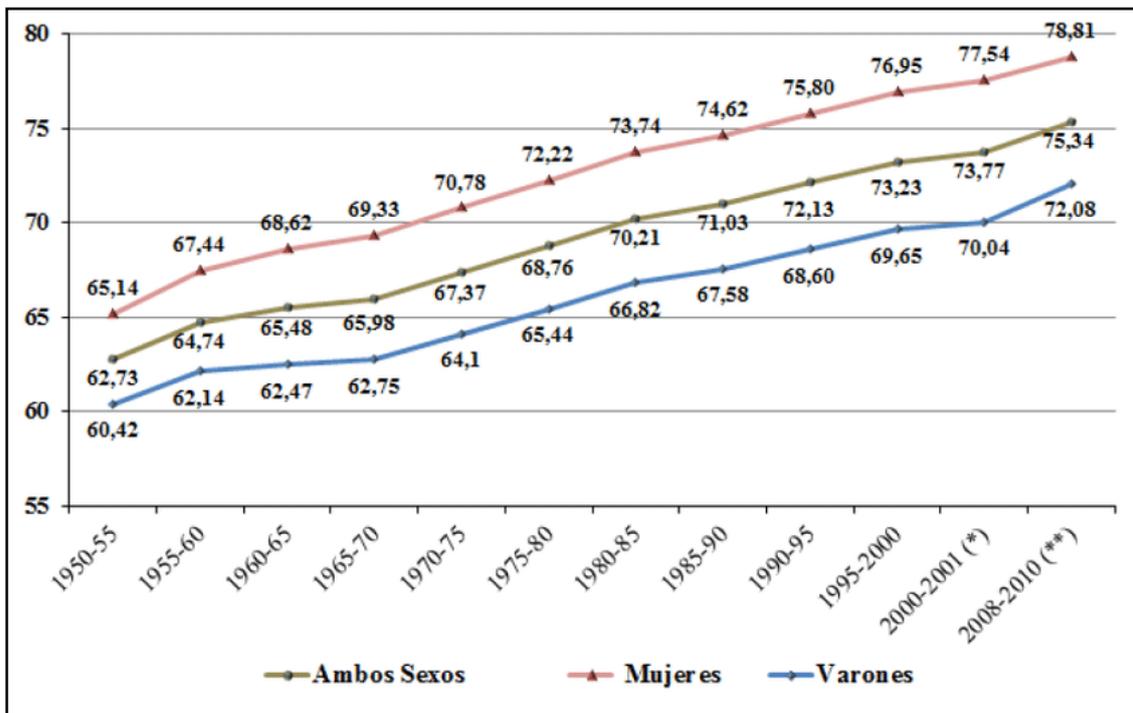
## **Indicadores demográficos relevantes (esperanza de vida, tasa de dependencia, etc.)**

Para comprender en profundidad el fenómeno del envejecimiento poblacional, resulta imprescindible el análisis de una serie de indicadores demográficos que permiten cuantificar y caracterizar esta transformación estructural. Estos indicadores no solo ofrecen una representación estadística del envejecimiento, sino que también funcionan

como herramientas fundamentales para el diseño, monitoreo y evaluación de políticas públicas en áreas tan diversas como la salud, la seguridad social, la educación, el empleo o el urbanismo. Entre los más relevantes se encuentran la esperanza de vida al nacer, la esperanza de vida saludable, la proporción de personas mayores, la tasa de dependencia demográfica y la mediana de edad.



La **esperanza de vida al nacer** es uno de los indicadores más utilizados para reflejar el nivel general de salud y desarrollo de una población. Se refiere al número promedio de años que se espera que viva una persona desde su nacimiento, bajo las condiciones de mortalidad prevalecientes en el momento. A nivel mundial, la esperanza de vida ha aumentado de forma significativa en el último siglo, pasando de promedios de entre 40 y 50 años en la primera mitad del siglo XX a más de 72 años en la actualidad, con variaciones notables entre regiones. Este aumento ha sido impulsado por mejoras en la atención médica, las condiciones sanitarias, el acceso a vacunas y medicamentos, y una mayor conciencia en torno a los factores que determinan la salud. Sin embargo, cabe destacar que el indicador por sí solo no refleja la calidad de esos años vividos, lo que ha llevado a introducir el concepto de **esperanza de vida saludable**, que estima los años de vida vividos sin discapacidad ni enfermedades limitantes.



Esperanza de vida al nacer – España. Periodo 1950-2010. Fuente: ResearchGate



Otro indicador central es la **proporción de personas mayores**, generalmente definida como el porcentaje de la población total que tiene 60 o 65 años o más. En muchas sociedades desarrolladas, esta proporción ya supera el 20 % y se proyecta que alcanzará niveles superiores al 30 % en las próximas décadas. En algunos países del este asiático y de Europa meridional, este porcentaje podría llegar incluso al 40 % hacia mediados del siglo XXI. Esta tendencia plantea

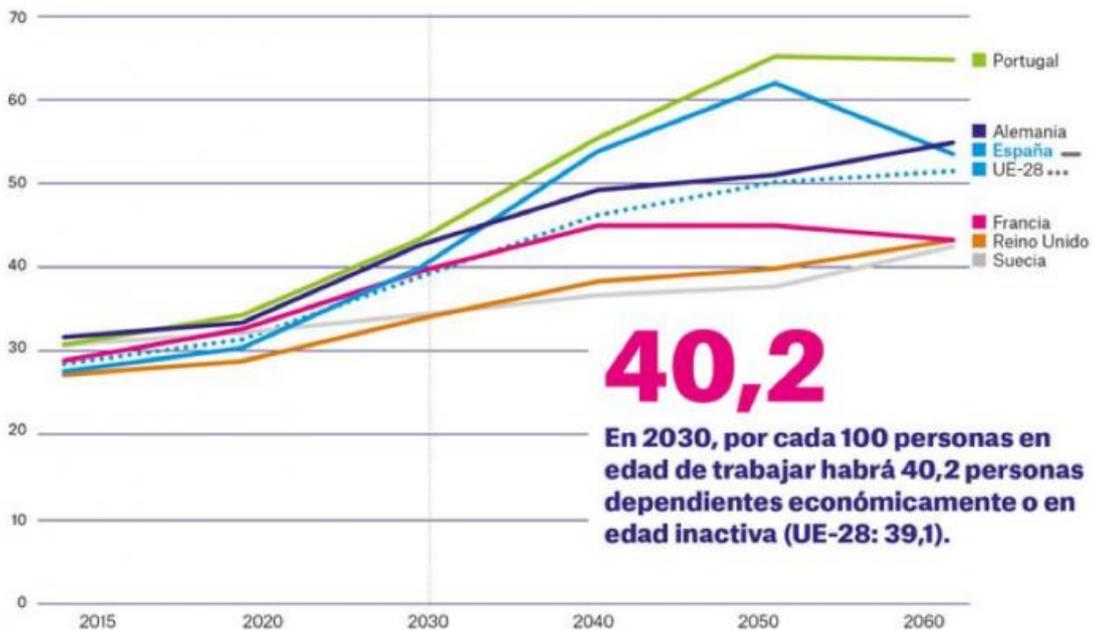
desafíos importantes para la sostenibilidad de los sistemas sociales, diseñados tradicionalmente sobre la base de una población mayoritariamente joven.

La **tasa de dependencia demográfica** es otro indicador clave que mide la relación entre la población dependiente —es decir, los menores de 15 años y los mayores de 65— y la población en edad potencialmente activa (15 a 64 años). Este indicador ofrece una aproximación al "peso" que recae sobre la población económicamente productiva para

sostener a los grupos que, en términos generales, no participan activamente del mercado laboral. A medida que la proporción de personas mayores aumenta, la tasa de dependencia se incrementa, lo que puede ejercer presión sobre los sistemas de pensiones, salud y cuidados, así como sobre los presupuestos públicos en general.

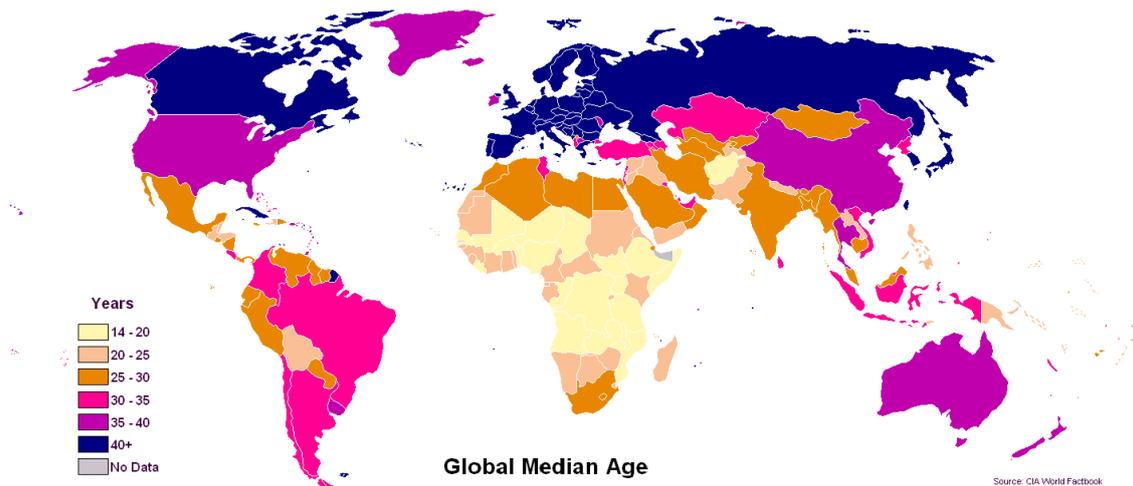
### Dependencia económica de la población mayor respecto a las generaciones más jóvenes

Índice de dependencia demográfica (2015) y proyecciones (2020-2060)  
(por 100 personas).



Fuente: Eurostat, 2018.

Finalmente, la **mediana de edad** constituye un indicador sintético que permite captar de manera clara el proceso de envejecimiento. Se trata de la edad que divide a la población en dos mitades: una más joven y otra más vieja. Una mediana de edad elevada indica una estructura poblacional más envejecida. En países como Japón o Alemania, esta cifra supera actualmente los 45 años, mientras que en muchos países africanos se sitúa por debajo de los 20. Este contraste subraya la asimetría en los procesos demográficos globales y la necesidad de enfoques diferenciados en función del estadio de transición demográfica en el que se encuentre cada sociedad.



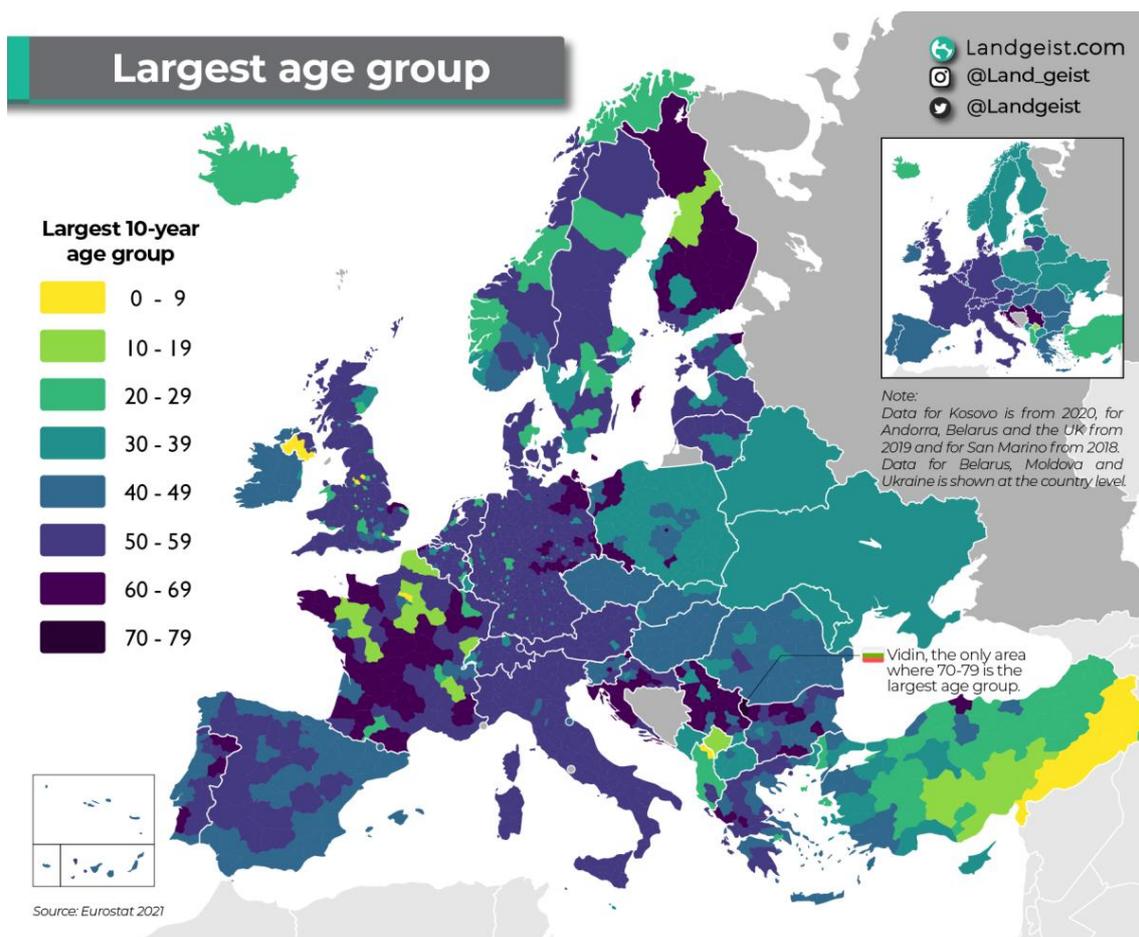
En conjunto, estos indicadores permiten no solo diagnosticar la magnitud y la velocidad del envejecimiento poblacional, sino también anticipar sus efectos y diseñar respuestas políticas acordes a las realidades específicas de cada contexto. El uso riguroso y contextualizado de estas herramientas resulta esencial para evitar enfoques alarmistas o simplistas, y avanzar hacia una planificación demográfica estratégica orientada al bienestar colectivo en un mundo que envejece aceleradamente.

## Tendencias globales, regionales y nacionales

El envejecimiento poblacional es un fenómeno de alcance global, pero con manifestaciones profundamente diferenciadas según el contexto geográfico, el nivel de desarrollo socioeconómico y las trayectorias históricas de cada país o región. A pesar de estas diferencias, las tendencias demográficas recientes muestran una convergencia clara hacia estructuras etarias cada vez más envejecidas, lo que sugiere que, en las próximas décadas, la mayoría de los países enfrentarán desafíos similares en términos de sostenibilidad del bienestar, reorganización del trabajo y adaptación institucional a sociedades longevas.

A escala global, la población mundial de personas mayores de 65 años ha aumentado de forma sostenida durante las últimas décadas, pasando de aproximadamente 150 millones en 1950 a más de 770 millones en 2022. Según las proyecciones de las Naciones Unidas, esta cifra podría superar los 1.500 millones hacia 2050, representando alrededor del 16 % de la población total. Este crecimiento es proporcionalmente mucho más rápido que el de otros grupos de edad, lo que implica un cambio estructural profundo en la composición de las sociedades humanas. A diferencia de otros fenómenos demográficos que se concentran geográficamente, el envejecimiento es un proceso transversal, aunque su ritmo y profundidad varían considerablemente.

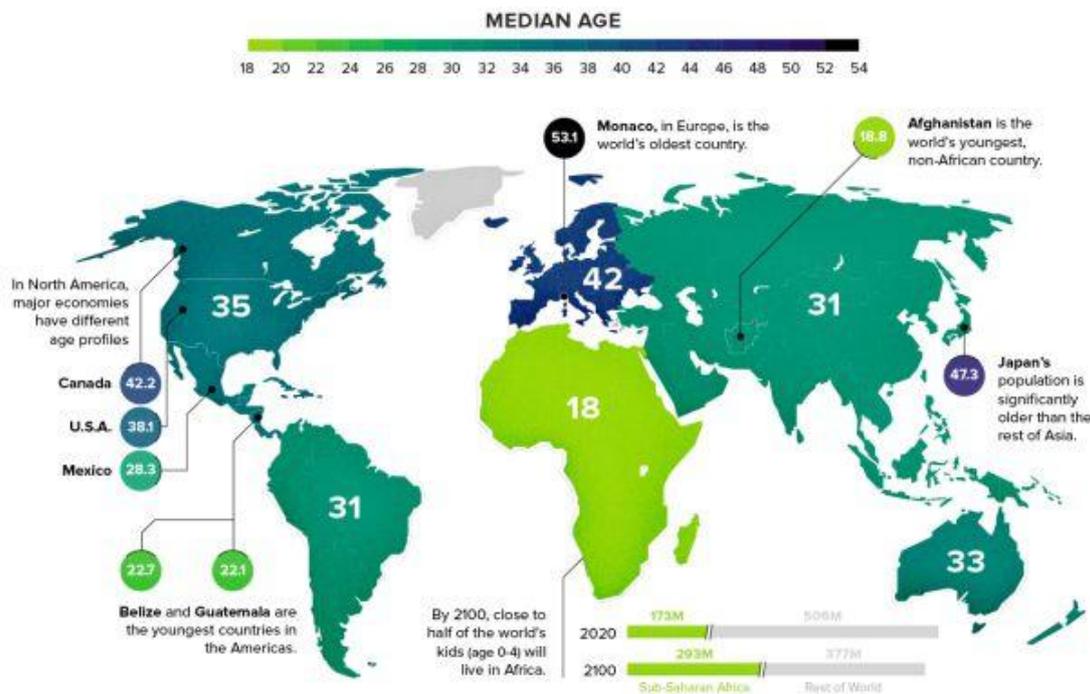
En los países desarrollados, particularmente en Europa occidental, América del Norte y el Este asiático, el envejecimiento ya ha alcanzado niveles avanzados. Japón es el país más envejecido del mundo, con más del 29 % de su población por encima de los 65 años. Le siguen países como Italia, Alemania y Finlandia, con proporciones cercanas o superiores al 22 %. Estas sociedades enfrentan retos urgentes relacionados con la escasez de fuerza laboral, el aumento del gasto en pensiones y cuidados, y el rediseño de servicios urbanos para adaptarse a una población mayoritariamente adulta. En muchos casos, la respuesta institucional se ha orientado hacia la automatización del trabajo, la promoción del envejecimiento activo y el rediseño de los sistemas de protección social.



En América Latina y el Caribe, el envejecimiento poblacional está ocurriendo con una velocidad sin precedentes históricos. Países como Uruguay, Argentina, Chile y Cuba ya muestran perfiles demográficos comparables a los de Europa hace tres décadas, pero sin haber alcanzado niveles de desarrollo económico o cobertura de bienestar similares. Este envejecimiento “sin riqueza” implica riesgos particulares, como la expansión de la pobreza en la vejez, la sobrecarga de las familias en el cuidado de personas dependientes y la debilidad institucional para sostener sistemas de pensiones y salud inclusivos. A ello se suma la alta informalidad laboral, que limita el acceso a derechos previsionales en la vejez.

En Asia, la situación es dual. Por un lado, países como Japón, Corea del Sur y China están envejeciendo rápidamente, con implicaciones profundas en su competitividad económica, sus mercados internos y su cohesión social. China, en particular, experimenta un proceso de inversión demográfica acelerado, resultado de décadas de políticas de control natal y del aumento de la longevidad, lo que plantea interrogantes sobre la sostenibilidad de su modelo de crecimiento a largo plazo. Por otro lado, países como India, Indonesia y Filipinas aún presentan una estructura poblacional predominantemente joven, pero también se proyecta que experimentarán un envejecimiento pronunciado en las próximas décadas.

En África subsahariana, el envejecimiento aún no es un fenómeno dominante en términos estructurales, dado que las tasas de fertilidad siguen siendo elevadas y la esperanza de vida es comparativamente más baja. Sin embargo, en algunas zonas urbanas y entre determinados grupos sociales ya pueden observarse signos incipientes de transición demográfica. Además, se prevé que, hacia finales del siglo XXI, la región experimente un aumento progresivo de su población mayor, lo que requerirá preparación institucional anticipada y estrategias adaptadas a contextos de recursos limitados.



Estas tendencias muestran que el envejecimiento poblacional no es un destino exclusivo de los países desarrollados, sino un proceso compartido, aunque asimétrico, que demandará enfoques diversos y respuestas políticas diferenciadas. Comprender estas dinámicas regionales y nacionales es clave para identificar tanto los riesgos como las oportunidades del envejecimiento en cada contexto, y para promover un diálogo global que permita construir marcos de cooperación más justos y sostenibles ante este fenómeno irreversible.

## Factores estructurales del envejecimiento

El envejecimiento poblacional es un fenómeno multicausal, cuya evolución está condicionada por una serie de factores estructurales que interactúan de forma compleja y que reflejan tanto transformaciones internas de las sociedades como dinámicas globales más amplias. Comprender estos factores resulta fundamental para interpretar las causas profundas del envejecimiento y anticipar su evolución futura. Lejos de ser un proceso espontáneo o exclusivamente biológico, el envejecimiento responde a patrones históricos de desarrollo económico, progreso científico, cambios culturales, dinámicas de género y transformaciones institucionales que se han consolidado especialmente desde la segunda mitad del siglo XX.

Uno de los factores más determinantes es el **descenso de la fecundidad**, entendido como la reducción sostenida del número promedio de hijos por mujer. Este fenómeno está vinculado a múltiples variables, entre ellas el aumento de los niveles educativos, especialmente entre las mujeres; el acceso generalizado a métodos anticonceptivos y servicios de salud reproductiva; la incorporación femenina al mercado laboral; el aplazamiento del matrimonio y la maternidad; y una reconfiguración profunda de los valores familiares y las aspiraciones vitales en contextos urbanos y postindustriales. En muchos países, la fecundidad ha caído por debajo del umbral de reemplazo generacional (2,1 hijos por mujer), lo que implica que, en ausencia de migración, la población tiende a reducirse y a envejecer estructuralmente con el tiempo.



Un segundo factor estructural clave es el **aumento de la esperanza de vida**, producto del progreso en los sistemas de salud pública, la medicina preventiva y curativa, la seguridad alimentaria y el saneamiento básico. La mejora en las condiciones de vida ha permitido que un número creciente de personas alcance edades avanzadas, y que lo haga en condiciones de salud mucho mejores que las generaciones precedentes. Sin embargo, este avance también ha traído consigo una expansión de las enfermedades

crónicas no transmisibles (como la diabetes, la hipertensión, las demencias o ciertos tipos de cáncer), que requieren nuevos modelos de atención sanitaria y social adaptados a poblaciones longevas.

Asimismo, el proceso de **transición epidemiológica**, por el cual las sociedades han pasado de enfrentar mayoritariamente enfermedades infecciosas y mortalidad infantil a lidiar con patologías crónicas y degenerativas asociadas al envejecimiento, constituye un componente fundamental de este fenómeno. Esta transición ha modificado no solo las prioridades del sistema sanitario, sino también las expectativas de vida, la planificación del retiro, los esquemas de dependencia y las formas de organización del cuidado.

Otro factor a considerar es el impacto de los **cambios estructurales en la economía global**. La terciarización del empleo, la automatización, la precarización laboral y la fragmentación de las trayectorias laborales dificultan la consolidación de sistemas contributivos de protección social sostenibles. Esto agrava los efectos del envejecimiento, ya que muchas personas mayores llegan a la jubilación sin una cobertura adecuada o con pensiones insuficientes. Además, los modelos económicos actuales, centrados en el crecimiento y la competitividad, tienden a marginar a las personas mayores del mercado laboral y de los circuitos productivos, reforzando su exclusión social y simbólica.

A todo lo anterior se suman los **factores socioculturales**, entre los que destacan la transformación de las estructuras familiares, el debilitamiento de los vínculos comunitarios tradicionales, y los cambios en las representaciones sociales de la vejez. El envejecimiento ya no ocurre en el seno de grandes familias extendidas capaces de brindar cuidado informal, sino en contextos urbanos donde predominan los hogares unipersonales, las familias nucleares o las relaciones intermitentes, lo que exige nuevas formas de organización del cuidado y nuevos referentes identitarios para las personas mayores.

En definitiva, el envejecimiento es el resultado de una convergencia de factores demográficos, epidemiológicos, económicos y culturales que configuran un proceso complejo, acumulativo y estructural. Lejos de ser un fenómeno pasajero o aislado, representa una transición profunda en la historia de las sociedades humanas, cuyas implicaciones requieren ser analizadas desde una perspectiva de largo plazo, con un enfoque integral y con voluntad política para redefinir las bases del contrato social contemporáneo.

# Implicaciones económicas

## Impacto en el mercado laboral: envejecimiento de la fuerza de trabajo



El envejecimiento poblacional está generando una transformación progresiva, pero de alto impacto, en la estructura del mercado laboral a nivel global. A medida que la proporción de personas mayores de 60 años aumenta y la natalidad se mantiene en niveles bajos o decrecientes, se reduce la población en edad productiva, lo que altera las dinámicas de oferta y demanda de trabajo, así como los fundamentos sobre los que históricamente se ha organizado la actividad económica. En este nuevo escenario, las sociedades deben enfrentar el doble desafío de sostener la productividad en contextos de menor densidad laboral y, al mismo tiempo, redefinir el papel de las personas mayores dentro del ecosistema productivo.

Uno de los efectos más visibles del envejecimiento es la **reducción relativa del tamaño de la fuerza laboral activa**. En países con altos niveles de envejecimiento — como Japón, Alemania o Corea del Sur —, ya se evidencia una escasez de mano de obra que afecta particularmente a sectores intensivos en trabajo, como la manufactura, el transporte, la salud y el cuidado. Este fenómeno genera presiones en varios frentes: incrementa los costos laborales, reduce la competitividad de ciertos sectores y obliga a las empresas a replantear sus estrategias de contratación, automatización e

internacionalización. En paralelo, muchos países están comenzando a considerar el **aumento progresivo de la edad de jubilación** como una medida para contrarrestar el efecto del retiro masivo de trabajadores experimentados, aunque esta medida no está exenta de controversias sociales y sindicales.

Al mismo tiempo, el envejecimiento de la población activa implica una **modificación de los perfiles de habilidades y competencias predominantes** en el mercado. Las personas de mayor edad aportan experiencia, conocimiento acumulado y estabilidad organizacional, pero también pueden enfrentar limitaciones físicas, menor familiaridad con tecnologías digitales o mayores tasas de enfermedades crónicas. Estas características requieren adaptaciones en los entornos laborales, tanto desde el punto de vista ergonómico como en términos de capacitación continua y políticas de inclusión intergeneracional. Las empresas que logren desarrollar culturas organizacionales inclusivas para los trabajadores mayores no solo contribuirán a la cohesión social, sino que podrán capitalizar una fuente relevante de talento infrautilizado.

Otro aspecto central es la **precarización del empleo en la vejez**, especialmente en países con sistemas de seguridad social fragmentados o basados en la contributividad. En contextos donde amplios sectores de la población han desarrollado su vida laboral en la informalidad o con bajos niveles de cotización, muchas personas mayores se ven forzadas a continuar trabajando más allá de la edad legal de retiro, frecuentemente en condiciones precarias, mal remuneradas o sin acceso a derechos laborales básicos. Esta situación, que afecta particularmente a mujeres, migrantes y trabajadores rurales, genera una paradoja en la que la prolongación de la vida laboral no es una opción libre y digna, sino una necesidad vinculada a la exclusión social.

Además, el envejecimiento conlleva una **reconfiguración de las prioridades del mercado laboral**, con un aumento en la demanda de servicios relacionados con la salud, el cuidado y el bienestar. Este desplazamiento de la estructura productiva hacia sectores más intensivos en trabajo humano —como el cuidado de largo plazo, la geriatría o la asistencia personal— plantea nuevas oportunidades de empleo, pero también exige políticas públicas y educativas orientadas a profesionalizar y valorar estos sectores tradicionalmente feminizados y precarizados. La llamada “economía del cuidado” puede convertirse en un pilar del nuevo modelo económico en sociedades longevas, siempre que se le dote de los recursos, marcos normativos y reconocimiento social necesarios.

En resumen, el envejecimiento de la fuerza de trabajo no implica únicamente una reducción cuantitativa del número de trabajadores, sino una transformación cualitativa del mercado laboral. Gestionar esta transición de forma inclusiva y sostenible requerirá políticas laborales activas, sistemas de formación a lo largo de la vida, reformas previsionales sensibles a la diversidad de trayectorias vitales y un cambio cultural profundo en torno al valor del trabajo en la vejez. Lejos de ser un obstáculo, una fuerza laboral envejecida puede constituir un activo estratégico si se crean las condiciones para su integración efectiva en una economía en transformación.

## Pensiones y sostenibilidad de los sistemas de seguridad social



Uno de los principales desafíos que plantea el envejecimiento poblacional en el plano económico es la sostenibilidad de los sistemas de pensiones y, en general, de los regímenes de seguridad social. Estos sistemas, diseñados en su mayoría durante el siglo XX bajo el supuesto de una pirámide demográfica amplia en la base y estrecha en la cima, enfrentan hoy una profunda descompensación estructural como resultado de la inversión progresiva de esa pirámide. La combinación de una creciente proporción de personas jubiladas con una disminución relativa de la población en edad activa tensiona los principios financieros y sociales que sostienen los sistemas actuales, tanto de reparto como de capitalización individual.

# Un mundo de mayores

Personas con 65 años o más por cada 100 habitantes de entre 15 y 64 años

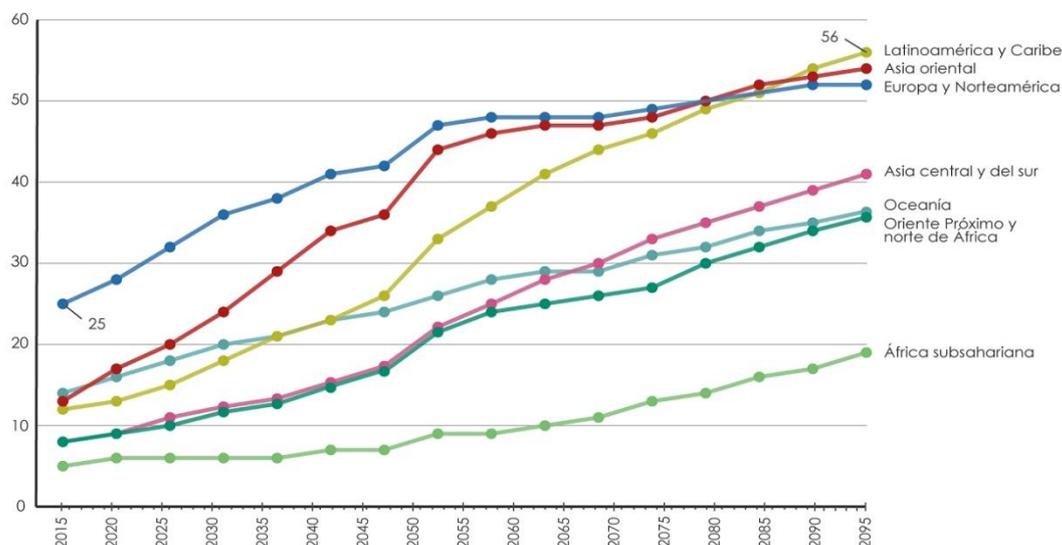


Gráfico:  
Álvaro Merino (2019)  
Fuente:  
Organización de las Naciones Unidas (2019)



En los sistemas de reparto, basados en la solidaridad intergeneracional, las contribuciones de la población activa financian las pensiones de los actuales jubilados. Este esquema presupone una relación estable o creciente entre trabajadores cotizantes y beneficiarios. Sin embargo, en contextos de envejecimiento acelerado, esta relación se debilita progresivamente, generando déficits estructurales que requieren subsidios estatales crecientes o reformas estructurales. La **tasa de dependencia económica** —esto es, el número de personas en edad activa por cada persona jubilada— se ha reducido drásticamente en muchos países, erosionando el equilibrio financiero y poniendo en cuestión la viabilidad de los beneficios previstos. Ante esta situación, algunos gobiernos han optado por aumentar la edad de jubilación, modificar las fórmulas de cálculo o reducir las tasas de reemplazo, lo que puede derivar en una pérdida de confianza pública en el sistema.

Los sistemas de capitalización individual, promovidos como alternativa en varias regiones durante las últimas décadas, tampoco han ofrecido una solución estructural al problema. En muchos casos, estos modelos han generado beneficios insuficientes, una alta exposición a riesgos financieros y una segmentación profunda entre trabajadores formales e informales. Además, al desvincular la pensión del principio de solidaridad colectiva, tienden a reproducir y ampliar desigualdades acumuladas a lo largo del ciclo laboral, afectando especialmente a las mujeres, a los trabajadores de bajos ingresos y a quienes han tenido trayectorias laborales discontinuas o precarias. En este contexto, se ha reabierto el debate sobre la necesidad de reformular los sistemas de pensiones desde una perspectiva de justicia distributiva y protección universal.

Más allá del modelo de financiamiento, el envejecimiento poblacional obliga a reconsiderar el sentido mismo de las pensiones en las sociedades contemporáneas. Si bien históricamente la jubilación se ha concebido como un retiro definitivo del mercado laboral, asociado a una etapa pasiva de la vida, hoy se impone una visión más dinámica, en la que las personas mayores participan en múltiples formas de actividad — remunerada o no— y aspiran a seguir siendo autónomas y activas. Este cambio demanda políticas más flexibles, que reconozcan diversas trayectorias de vida, promuevan el envejecimiento activo y articulen mecanismos combinados de financiamiento público, ahorro individual y esquemas de protección no contributivos.

En este marco, se vuelve urgente pensar en **reformas estructurales integrales** que no solo garanticen la viabilidad financiera de los sistemas de pensiones, sino también su legitimidad social. Esto incluye avanzar hacia modelos híbridos que combinen solidaridad y ahorro, reforzar los pilares no contributivos para asegurar ingresos mínimos en la vejez, establecer mecanismos de compensación por interrupciones laborales relacionadas con el cuidado, y fortalecer los principios de equidad de género y territorial en el acceso a derechos. Asimismo, resulta fundamental promover un debate público informado sobre los valores que deben orientar la protección social en sociedades longevas: la dignidad, la autonomía, la solidaridad y el reconocimiento del aporte social de las personas mayores más allá del mercado.

En definitiva, la sostenibilidad de los sistemas de seguridad social en el contexto del envejecimiento no puede entenderse solo en términos contables o actuariales. Requiere una mirada holística que articule viabilidad económica con justicia social, eficiencia administrativa con legitimidad democrática, y una visión intergeneracional que reconozca el envejecimiento no como una carga, sino como una condición inherente al desarrollo humano.

## **Cambios en el patrón de consumo y ahorro**

El envejecimiento poblacional no solo transforma la estructura del mercado laboral y los sistemas de protección social, sino que también altera de manera significativa los patrones agregados de consumo y ahorro en las economías nacionales. A medida que la proporción de personas mayores aumenta, se modifican tanto la composición como la intensidad del gasto de los hogares, lo que tiene implicaciones directas sobre la dinámica del crecimiento económico, la planificación del gasto público y la orientación de los mercados. Estos cambios, si bien pueden ser fuente de preocupación en términos de desaceleración de la demanda en sectores tradicionales, también abren oportunidades para la emergencia de nuevas industrias, servicios especializados y formas alternativas de producción y consumo.

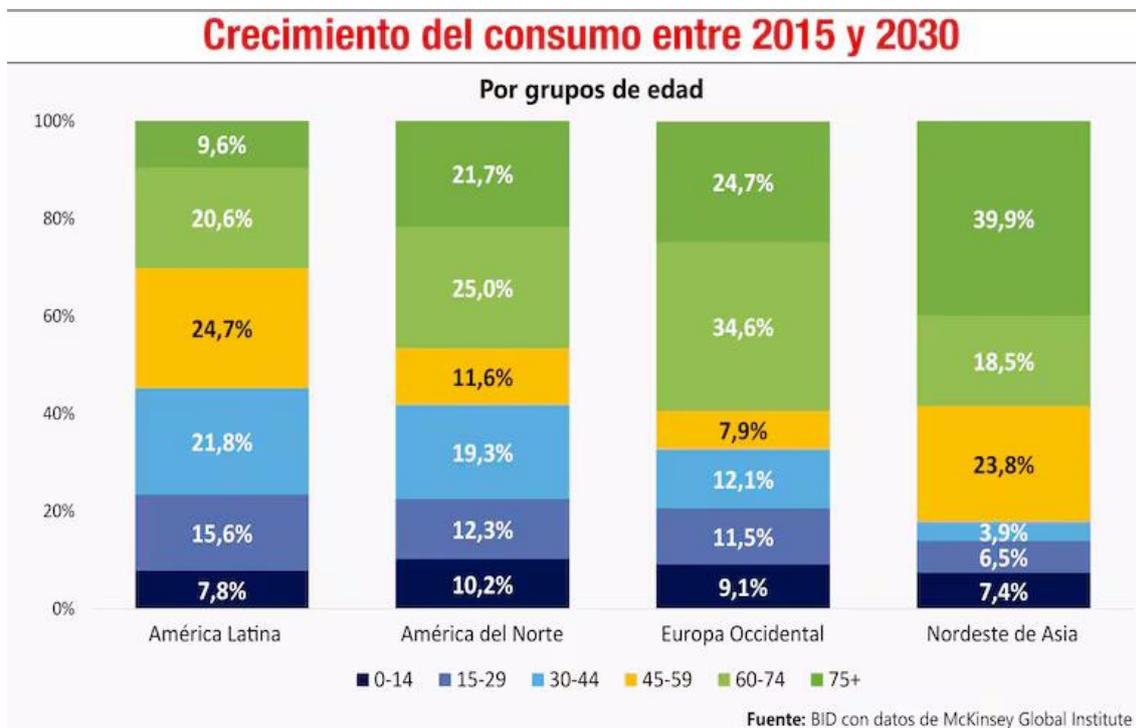
Desde una perspectiva macroeconómica, el envejecimiento tiende a reducir la propensión media al consumo en la economía, debido a que las personas mayores, una vez retiradas del mercado laboral, dependen en mayor medida de ingresos fijos o limitados, como pensiones o ahorros acumulados. Esto implica una disminución del gasto en bienes durables, como vivienda, automóviles o productos tecnológicos de alta gama, y un aumento relativo del gasto en servicios, especialmente en los ámbitos de la salud, los cuidados personales, el ocio, la seguridad y el bienestar. En este sentido, el envejecimiento produce una **reorientación del consumo** más que una contracción absoluta, lo que exige que las empresas y los Estados adapten su oferta a una demanda cualitativamente distinta.



En cuanto al patrón de **ahorro**, la teoría del ciclo vital sostiene que los individuos tienden a ahorrar durante su etapa activa con el objetivo de mantener un nivel de consumo estable en la vejez. Sin embargo, en contextos de baja cobertura previsional, alta incertidumbre económica o fragilidad institucional, muchas personas mayores no logran acumular ahorros suficientes, lo que puede traducirse en un deterioro de sus condiciones de vida y una mayor dependencia de redes familiares o subsidios públicos. En países con estructuras laborales altamente informales o marcadas por la inestabilidad, esta situación es especialmente crítica, ya que limita la capacidad de los hogares para enfrentar los costos asociados al envejecimiento, como los servicios médicos, la adecuación de la vivienda o el acceso a servicios de cuidado.

Por otro lado, los cambios en la estructura del consumo también reflejan transformaciones culturales y aspiracionales dentro de las cohortes de personas mayores. A diferencia de generaciones anteriores, que tendían a reducir su actividad económica y social tras la jubilación, las actuales generaciones de adultos mayores — especialmente en sectores urbanos y de clases medias — demandan productos y servicios que les permitan mantener una vida activa, autónoma y socialmente integrada. Esto incluye desde turismo adaptado, formación continua y productos financieros especializados, hasta tecnologías de asistencia, plataformas digitales y ofertas culturales

diversificadas. Este fenómeno ha dado lugar al concepto de **economía plateada**, que designa el conjunto de actividades económicas orientadas a satisfacer las necesidades y preferencias de la población mayor.



Sin embargo, esta economía emergente no está exenta de tensiones. Por un lado, existe el riesgo de segmentar aún más el mercado en función de la edad, reproduciendo estereotipos sobre el consumo en la vejez y excluyendo a quienes no poseen capacidad adquisitiva suficiente. Por otro lado, muchas empresas aún carecen de estrategias adaptadas a esta demanda creciente, tanto en términos de diseño de productos como de atención al cliente y comunicación inclusiva. Asimismo, las políticas públicas de fomento al consumo en la vejez suelen ser escasas o mal articuladas, lo que limita su potencial dinamizador sobre la economía.

En definitiva, el envejecimiento demográfico transforma los patrones de consumo y ahorro de manera estructural, desplazando el centro de gravedad del gasto hacia sectores orientados al bienestar, la salud y la calidad de vida. Este cambio debe ser entendido no como una amenaza al crecimiento económico, sino como una oportunidad para reconfigurar la economía en torno a criterios más sostenibles, inclusivos y centrados en las personas. Para ello, es imprescindible generar marcos institucionales que reconozcan la diversidad de trayectorias vitales, promuevan el acceso equitativo a bienes y servicios y estimulen una oferta productiva innovadora y sensible a las transformaciones demográficas en curso.

## Productividad, innovación y envejecimiento



Uno de los debates más relevantes en torno al envejecimiento poblacional es su impacto potencial sobre la productividad agregada y la capacidad innovadora de las economías. Tradicionalmente, se ha asociado el envejecimiento con una disminución en la eficiencia del trabajo, una menor adaptabilidad a los cambios tecnológicos y una reducción en la propensión a emprender, invertir o asumir riesgos. Estas premisas han alimentado una visión preocupante sobre el posible estancamiento económico de las sociedades envejecidas. No obstante, esta relación no es unívoca ni determinista: la evidencia empírica muestra que los efectos del envejecimiento sobre la productividad y la innovación dependen en gran medida de las políticas públicas, la organización del trabajo, la cultura empresarial y el grado de inclusión social y tecnológica de las personas mayores.

En términos generales, la productividad laboral puede verse afectada por el envejecimiento de la fuerza de trabajo si no se implementan mecanismos que permitan compensar ciertos declives asociados a la edad, como la disminución de capacidades físicas o la menor velocidad en la adquisición de nuevas habilidades. Sin embargo, estos posibles déficits pueden ser contrarrestados mediante la inversión en **formación continua, rediseño ergonómico de los puestos de trabajo, uso de tecnologías de asistencia y modelos de trabajo flexibles**. Además, diversos estudios han demostrado que los trabajadores mayores poseen otras ventajas comparativas relevantes, como la experiencia acumulada, la capacidad de resolución de problemas complejos, la

estabilidad emocional y una fuerte ética laboral, que pueden traducirse en aumentos de productividad en determinados sectores y funciones.

La relación entre envejecimiento e innovación es aún más compleja. Si bien se ha argumentado que las sociedades más jóvenes tienden a innovar más rápidamente, debido a una mayor presencia de cohortes con alto dominio de tecnologías emergentes y mayor disposición al riesgo, esto no implica que el envejecimiento frene necesariamente la innovación. De hecho, los países más envejecidos del mundo — como Japón o Alemania — siguen ocupando posiciones de liderazgo en términos de inversión en I+D, patentes, productividad total de los factores e innovación industrial. Lo que esto sugiere es que el envejecimiento puede coexistir con la innovación, siempre que existan **ecosistemas institucionales robustos, políticas activas de inclusión tecnológica y estrategias que promuevan la colaboración intergeneracional.**

En este sentido, resulta estratégico fomentar **entornos laborales multigeneracionales** donde la interacción entre jóvenes y adultos mayores favorezca la transferencia de conocimiento, la complementariedad de habilidades y la construcción de soluciones más integrales e inclusivas. También es fundamental repensar los sistemas de educación y formación profesional desde una lógica de aprendizaje a lo largo de toda la vida, incorporando modalidades flexibles, digitales y personalizadas que permitan a las personas mayores mantenerse activas, productivas e innovadoras en distintas etapas de su ciclo vital.

Por otro lado, el envejecimiento puede actuar como motor de innovación en sectores específicos. La creciente demanda de servicios de salud, cuidado, accesibilidad, movilidad y bienestar en la población mayor ha estimulado el desarrollo de nuevas tecnologías, productos y modelos de negocio, desde soluciones de domótica hasta plataformas digitales de cuidados, dispositivos biomédicos, inteligencia artificial aplicada al monitoreo de la salud, y arquitectura adaptativa. Esta **innovación orientada al envejecimiento** representa una oportunidad para reconducir el sistema productivo hacia sectores de alto valor social, con potencial para dinamizar la economía y mejorar la calidad de vida de toda la población.

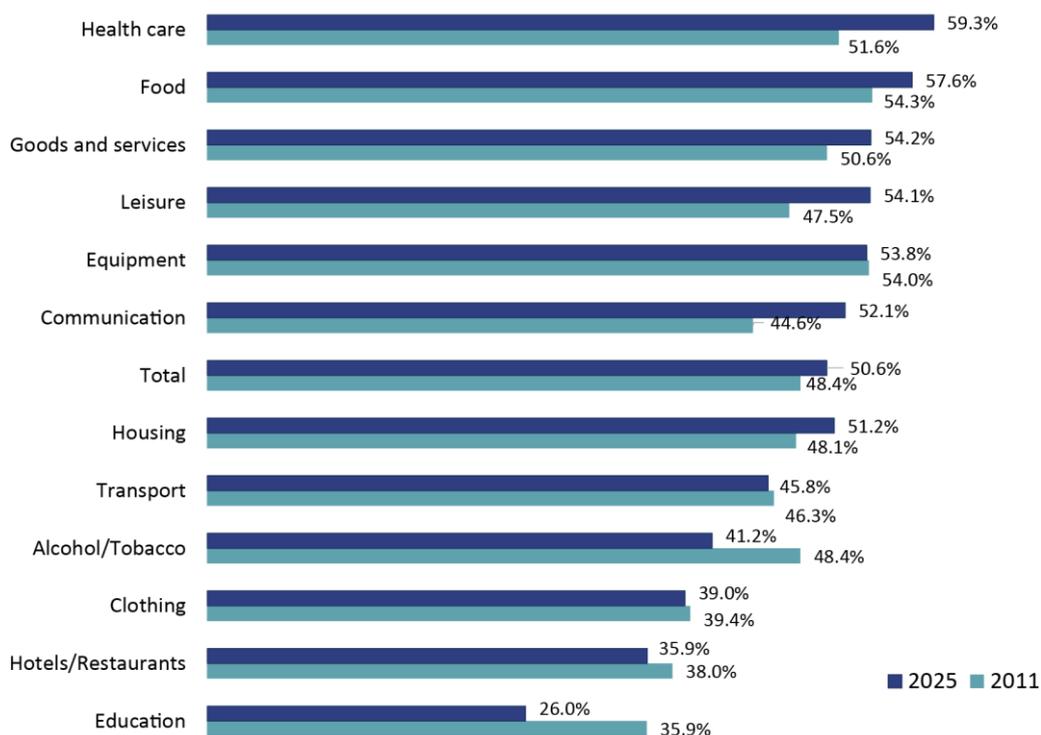
En conclusión, el impacto del envejecimiento sobre la productividad y la innovación no puede ser analizado de forma aislada ni interpretado en clave fatalista. Si bien el cambio demográfico plantea desafíos, también ofrece la posibilidad de redefinir los paradigmas productivos, aprovechar el capital humano de las personas mayores y promover un nuevo tipo de crecimiento basado en la inclusión, la sostenibilidad y el conocimiento. Para ello, es imprescindible que los Estados, las empresas y la sociedad civil adopten una mirada estratégica e intergeneracional, capaz de superar prejuicios y desbloquear el potencial que encierra una sociedad más longeva.

## Nuevos nichos de mercado: economía plateada



El proceso de envejecimiento poblacional no solo plantea desafíos estructurales en términos de sostenibilidad económica y social, sino que también está generando un conjunto creciente de oportunidades económicas vinculadas a lo que se ha denominado **economía plateada** (*silver economy*). Este concepto hace referencia al conjunto de actividades productivas, comerciales y tecnológicas orientadas a satisfacer las necesidades, preferencias y aspiraciones de la población mayor, un segmento demográfico en constante expansión que se estima concentrará, en muchas regiones del mundo, una parte significativa del consumo en las próximas décadas.

### Gasto por sector para mayores de 50 años



Source: Rothschild & Co Asset Management Europe, CREDOC (Family Budget Surveys 1979, 1984, 1989, 1995, 2000, 2005, 2011, processing of CREDOC data)

Lejos de constituir un grupo homogéneo o pasivo, las personas mayores representan un sector social con una **diversidad creciente de perfiles, trayectorias vitales, niveles de ingreso, capital cultural y hábitos de consumo**. A medida que aumenta la longevidad y mejora el acceso a la salud y la educación, surgen nuevas formas de envejecimiento activo, autónomo y conectado, que transforman radicalmente la manera en que este grupo interactúa con el mercado. Este fenómeno se traduce en una demanda diferenciada de bienes y servicios: desde tecnología accesible y vivienda adaptada, hasta turismo especializado, atención domiciliaria, servicios financieros personalizados, productos culturales y plataformas digitales orientadas al bienestar y la inclusión.

Los estudios más recientes estiman que la economía plateada podría representar entre el 30 % y el 40 % del consumo total en muchas economías desarrolladas hacia 2050. En Europa, por ejemplo, el mercado asociado a personas mayores de 50 años ya supera los cinco billones de euros anuales, y se espera que siga creciendo a medida que la generación del baby boom acceda a la jubilación con mejores niveles de ingreso y expectativa de vida que generaciones anteriores. En este contexto, diversos sectores productivos están comenzando a rediseñar sus estrategias para adaptarse a esta transformación demográfica, tanto en términos de oferta de productos como de comunicación, distribución y experiencia del usuario.

Uno de los sectores con mayor proyección dentro de la economía plateada es el de la **tecnología aplicada al envejecimiento**. Dispositivos inteligentes para la monitorización de la salud, sensores de seguridad para el hogar, asistentes virtuales, aplicaciones móviles adaptadas, plataformas de telemedicina y soluciones basadas en inteligencia artificial forman parte de una industria en expansión que busca combinar autonomía, conectividad y calidad de vida para las personas mayores. A ello se suma la innovación en diseño universal, que promueve la creación de productos y entornos accesibles para todas las edades, eliminando barreras físicas y tecnológicas que tradicionalmente han excluido a este grupo de la experiencia digital y del consumo contemporáneo.

El ámbito del **turismo y el ocio también ha experimentado un giro importante** hacia este segmento etario. Muchas agencias y operadores turísticos han comenzado a ofrecer paquetes especializados en turismo cultural, ecológico o de bienestar, adaptados a ritmos, intereses y condiciones físicas específicas. Asimismo, el sector de la formación continua y el aprendizaje a lo largo de la vida está desarrollando propuestas específicas para personas mayores, combinando educación, socialización y desarrollo personal, lo que contribuye al fortalecimiento de sus capacidades y al ejercicio activo de la ciudadanía.

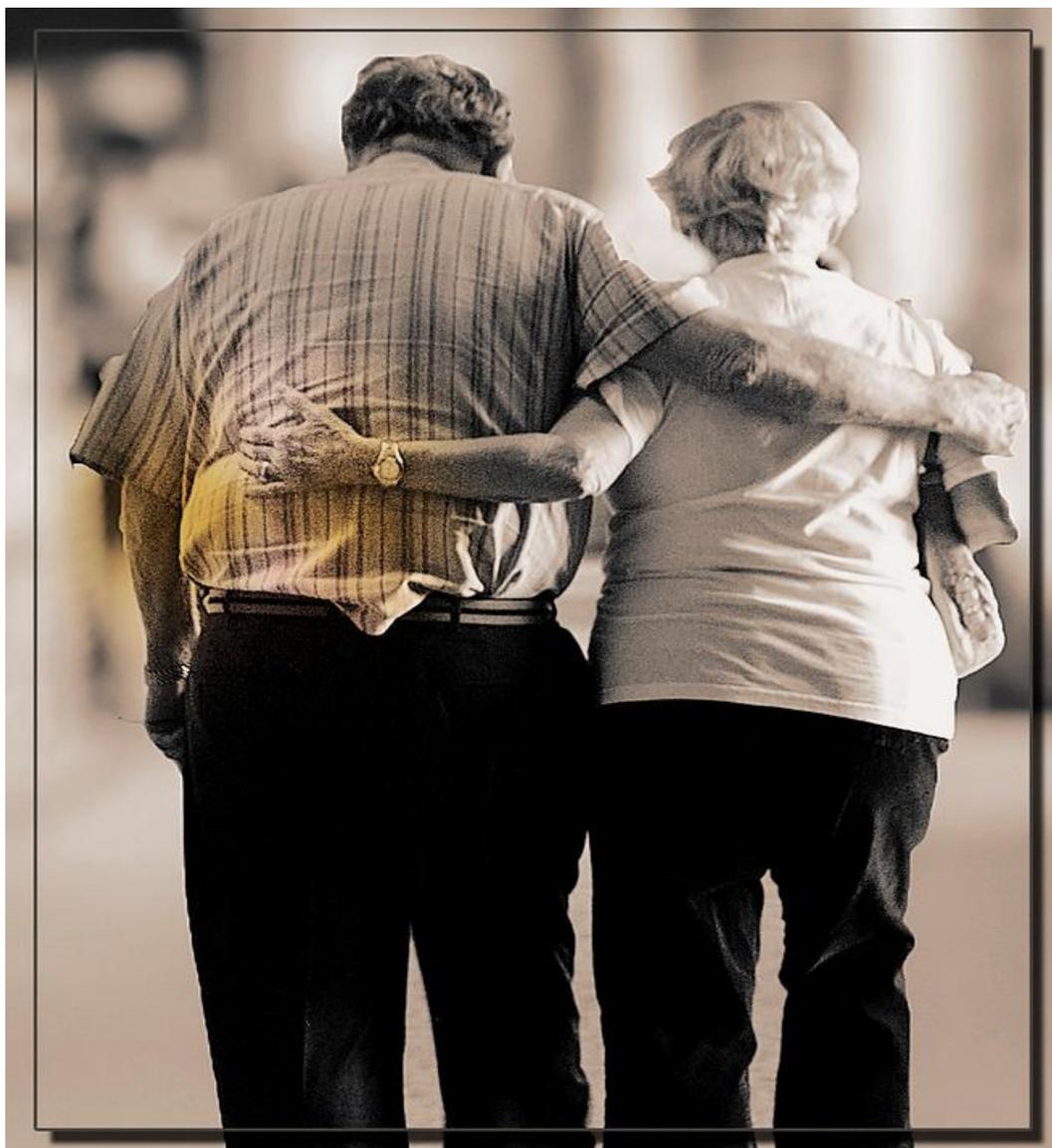
Sin embargo, el desarrollo de la economía plateada también conlleva riesgos que deben ser gestionados. La mercantilización excesiva de la vejez puede derivar en una segmentación excluyente, donde solo quienes tienen recursos económicos acceden a servicios de calidad, mientras que grandes sectores de personas mayores quedan

relegados a un consumo residual o asistencialista. Por ello, el despliegue de este nuevo nicho de mercado debe ir acompañado de políticas públicas que aseguren **accesibilidad universal, regulación adecuada, ética empresarial y justicia intergeneracional**. Además, es crucial combatir el edadismo en las estrategias comerciales y de marketing, evitando representar a las personas mayores como dependientes, vulnerables o anacrónicas, y promoviendo, en su lugar, imágenes que reflejen su diversidad, autonomía y agencia.

En definitiva, la economía plateada no solo constituye un espacio emergente de innovación y crecimiento económico, sino también una oportunidad para redefinir las relaciones entre envejecimiento, consumo y ciudadanía. Si se orienta desde principios de inclusión, equidad y sostenibilidad, puede convertirse en uno de los pilares de las economías del futuro, ayudando a transformar el envejecimiento poblacional de una carga percibida en un motor de desarrollo social y humano.

# Impactos sociales y culturales

## Transformación de las estructuras familiares y comunitarias



El envejecimiento poblacional está provocando transformaciones profundas en las estructuras familiares y comunitarias, afectando los modos de convivencia, los vínculos intergeneracionales y los sistemas informales de apoyo que tradicionalmente han sostenido la atención y el cuidado de las personas mayores. Estas transformaciones no deben entenderse como meros efectos colaterales del cambio demográfico, sino como componentes estructurales del proceso, en el que convergen factores culturales,

económicos, tecnológicos y políticos que reconfiguran el lugar de la vejez en el entramado social.

Históricamente, en muchas sociedades —especialmente en contextos rurales o tradicionales— las familias extendidas han constituido el núcleo básico de protección para las personas mayores. En estos esquemas, el envejecimiento ocurría dentro de un entorno multigeneracional, donde el cuidado era asumido como una responsabilidad moral y práctica compartida por los miembros del hogar. Sin embargo, la modernización, la urbanización y la expansión del modelo de familia nuclear han erosionado progresivamente estas formas de organización. La movilidad geográfica por razones laborales, la disminución del tamaño de los hogares, el aumento de hogares unipersonales y la incorporación masiva de las mujeres al mercado de trabajo han debilitado las redes familiares de cuidado, creando nuevas demandas que muchas veces no encuentran respuesta ni en la familia ni en el Estado.

A esto se suma la creciente **diversificación de los arreglos familiares** en las sociedades contemporáneas. La presencia de hogares compuestos por parejas del mismo sexo, familias reconstituidas, monoparentales o sin hijos desafía los supuestos tradicionales sobre la disponibilidad de cuidadores familiares. En contextos donde el envejecimiento se acelera, esta diversidad plantea interrogantes sobre quién cuida, cómo se distribuyen las tareas de apoyo y en qué condiciones se desarrollan esas relaciones. En particular, las mujeres continúan siendo el soporte principal del trabajo de cuidado no remunerado, lo que reproduce desigualdades de género y pone en evidencia la insuficiencia de las respuestas institucionales ante un fenómeno que, cada vez más, excede las posibilidades de gestión individual o doméstica.

Por otro lado, el envejecimiento de las propias redes familiares genera una paradoja demográfica inédita: los cuidadores también envejecen. En muchos países, una proporción creciente de personas mayores cuidan de otras aún más ancianas, lo que implica una carga emocional, física y económica significativa, y revela los límites del modelo tradicional de atención basada exclusivamente en la familia. Este fenómeno también cuestiona los marcos jurídicos y de política social, que no siempre reconocen ni protegen adecuadamente a los cuidadores mayores.

En el ámbito comunitario, las transformaciones vinculadas al envejecimiento son igualmente relevantes. A medida que las ciudades se expanden y se fragmentan, los lazos vecinales se debilitan, reduciendo las posibilidades de apoyo mutuo, vigilancia compartida o sociabilidad cotidiana. Las personas mayores, especialmente aquellas que viven solas o con movilidad reducida, se enfrentan a mayores riesgos de aislamiento, exclusión y pérdida de vínculos significativos. En este contexto, el papel de las **comunidades locales como espacios de contención y cuidado colectivo** adquiere una importancia creciente, lo que ha impulsado el desarrollo de iniciativas orientadas a fortalecer la cohesión social, la participación comunitaria y las redes de apoyo barrial.

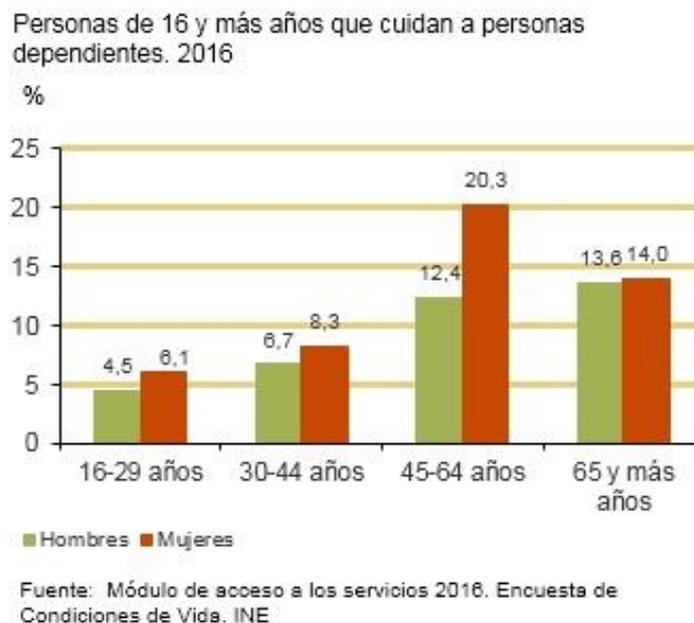
Al mismo tiempo, se observan experiencias innovadoras que buscan resignificar la vejez desde un enfoque relacional y comunitario. Modelos como el “cohousing”

intergeneracional, las cooperativas de cuidado, los bancos del tiempo o los centros comunitarios autogestionados emergen como alternativas al aislamiento residencial y como respuestas a la crisis de los modelos familiares clásicos. Estas formas de organización, aún en proceso de consolidación, evidencian una voluntad de recomponer el tejido social a través de nuevas formas de reciprocidad, solidaridad y corresponsabilidad intergeneracional.

En definitiva, el envejecimiento poblacional redefine las bases sobre las que se construyen las relaciones familiares y comunitarias. Frente al debilitamiento de las estructuras tradicionales, se requiere una mirada innovadora y comprometida con el fortalecimiento de los vínculos sociales, el reconocimiento del cuidado como derecho colectivo y la construcción de entornos relacionales inclusivos, donde las personas mayores puedan envejecer con dignidad, autonomía y sentido de pertenencia.

## Atención a la dependencia y cuidados de larga duración

El aumento sostenido de la esperanza de vida y la mayor incidencia de enfermedades crónicas y condiciones degenerativas en edades avanzadas han hecho de la atención a la dependencia y los cuidados de larga duración uno de los desafíos más urgentes que enfrentan las sociedades contemporáneas. Este fenómeno, estrechamente ligado al envejecimiento poblacional, implica la necesidad de repensar profundamente los sistemas de salud, bienestar y organización social para garantizar la atención digna, sostenida y de calidad a personas que, por razones físicas, cognitivas o psicosociales, ven limitada su autonomía funcional.



La **dependencia en la vejez** no debe entenderse únicamente como un estado pasivo de carencia, sino como una condición dinámica que requiere apoyos específicos para mantener la mayor autonomía posible. Esta visión implica desplazar la mirada desde un paradigma médico-asistencial hacia un enfoque de derechos, centrado en la persona, que reconozca la diversidad de trayectorias de envejecimiento, promueva la autodeterminación y articule soluciones desde una perspectiva intersectorial e intergeneracional. Para ello, es fundamental distinguir entre distintos niveles de dependencia —leve, moderada o severa— y diseñar respuestas acordes a cada situación, evitando tanto la medicalización excesiva como la negligencia institucional.

Históricamente, el cuidado de las personas dependientes ha recaído casi exclusivamente en el ámbito familiar, y más específicamente en las mujeres. Esta **feminización del cuidado** no solo no ha sido reconocida ni remunerada de manera adecuada, sino que ha reproducido patrones de desigualdad estructural, al limitar las oportunidades educativas, laborales y vitales de las cuidadoras. En la actualidad, este modelo resulta insostenible, no solo por el envejecimiento de las propias cuidadoras, sino también por los cambios en las estructuras familiares y en la disponibilidad de tiempo y recursos. Ante esta situación, los Estados enfrentan el imperativo de construir **sistemas públicos de cuidados de larga duración**, que garanticen cobertura universal, equidad territorial y calidad en la prestación.

En muchos países, especialmente en América Latina, África y Asia, los sistemas formales de atención a la dependencia son aún incipientes o fragmentarios. La atención residencial está limitada a una minoría de personas con recursos, mientras que la atención domiciliaria es escasa, mal remunerada y sin regulación laboral suficiente. A esto se suma la informalidad en la contratación de cuidadoras, la falta de capacitación profesional y la inexistencia de mecanismos de seguimiento y evaluación que aseguren estándares mínimos de calidad y dignidad. Esta situación genera una **crisis silenciosa de los cuidados**, que se traduce en sobrecarga física y emocional para las familias, pobreza en la vejez y vulneración de derechos fundamentales.

En los países que han desarrollado políticas públicas más avanzadas en esta materia —como los países nórdicos, Alemania o Japón— se observa una tendencia hacia modelos de atención **comunitaria, descentralizada y basada en la autonomía**. Estos modelos priorizan el mantenimiento de las personas mayores en su entorno habitual, mediante el acceso a servicios domiciliarios, tecnologías de asistencia, redes de apoyo local y programas de acompañamiento personalizado. Asimismo, se promueve la profesionalización del sector del cuidado, con formación especializada, condiciones laborales dignas y reconocimiento institucional del rol de las cuidadoras y cuidadores.

Un enfoque integral de los cuidados de larga duración requiere también articular la atención sanitaria con la social, superando la fragmentación actual entre ambos sistemas. La coordinación sociosanitaria, la gestión de casos complejos, la promoción de entornos accesibles y adaptados, y el diseño de itinerarios personalizados de cuidado son elementos clave para garantizar una atención centrada en la persona y orientada a

resultados de bienestar. Al mismo tiempo, es necesario invertir en **prevención y envejecimiento saludable**, ya que una parte significativa de las situaciones de dependencia pueden evitarse, retrasarse o mitigarse mediante políticas de promoción de la salud, actividad física, inclusión social y apoyo psicoemocional a lo largo del ciclo vital.



En definitiva, la atención a la dependencia y los cuidados de larga duración representan uno de los principales retos y, a la vez, oportunidades del envejecimiento poblacional. Enfrentar este desafío exige una transformación cultural, institucional y económica profunda, que reconozca el cuidado como un bien común, valore su función estratégica para la cohesión social y articule un nuevo pacto social en torno a la corresponsabilidad del Estado, las familias, la comunidad y el mercado en la provisión de cuidados justos, accesibles y humanizados.

## Salud mental y soledad en la vejez



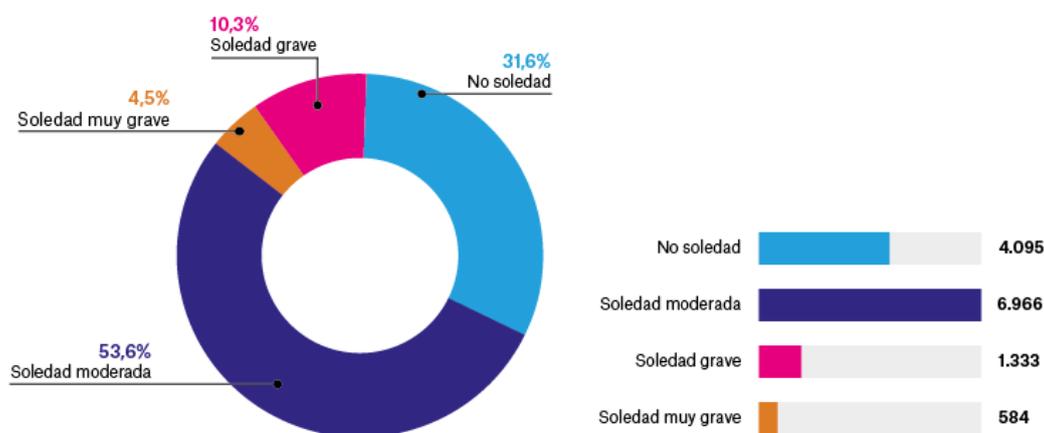
En el contexto del envejecimiento poblacional, la salud mental y la soledad en la vejez emergen como problemáticas centrales, tanto por su creciente prevalencia como por las profundas implicaciones que conllevan para la calidad de vida, la autonomía y la dignidad de las personas mayores. A diferencia de otros aspectos más visibilizados del proceso de envejecimiento, como la pérdida de movilidad o las enfermedades físicas crónicas, los trastornos psicoemocionales y la desconexión social suelen permanecer invisibilizados, minimizados o directamente excluidos de las agendas públicas, lo que refuerza su carácter estructuralmente desatendido.

El deterioro de la salud mental en la vejez puede manifestarse en múltiples formas: depresión, ansiedad, deterioro cognitivo, trastornos adaptativos, estrés postraumático (en personas mayores que han vivido experiencias extremas), e incluso ideación suicida. Aunque muchas de estas condiciones no son inherentes al envejecimiento, su incidencia tiende a aumentar con la edad como resultado de factores acumulativos: pérdida de seres queridos, disminución de roles sociales activos, enfermedades físicas limitantes, institucionalización involuntaria, precariedad económica, discriminación por edad, y cambios abruptos en el estilo de vida al momento de la jubilación o ante situaciones de dependencia.

En este marco, la **soledad no deseada** se configura como uno de los principales determinantes sociales de la salud mental en la vejez. No se trata simplemente de estar solo, sino de una **percepción subjetiva de aislamiento o desconexión emocional**, que puede afectar incluso a personas que viven acompañadas. Estudios recientes han

demostrado que la soledad crónica en personas mayores está asociada con un aumento significativo del riesgo de enfermedades cardiovasculares, deterioro cognitivo, trastornos depresivos, y mortalidad prematura. A nivel psicosocial, la soledad prolongada puede erosionar la autoestima, inhibir la participación social y debilitar el sentido de pertenencia, afectando directamente la percepción del propio valor y lugar en el mundo.

**Gráfico 1. Casi el 70% de las personas mayores participantes experimentan sentimientos de soledad**  
 Porcentaje (izquierda) y frecuencia absoluta (derecha) de los sentimientos de soledad, clasificados según su intensidad, entre las personas mayores de 65 años participantes en el estudio



Fuente: elaboración propia.

El Observatorio Social de la Fundación "la Caixa".

El envejecimiento, por tanto, no puede abordarse exclusivamente desde una perspectiva biomédica, sino que exige una mirada integral que reconozca la salud mental como un componente esencial del bienestar. Ello implica repensar los modelos de atención para que incorporen el acompañamiento emocional, la escucha activa, la prevención de trastornos afectivos y el fomento de relaciones significativas. En muchos países, sin embargo, la oferta de servicios de salud mental para personas mayores es limitada, descoordinada o inadecuada, tanto por falta de profesionales formados en psicogerontología como por barreras económicas, culturales o territoriales que restringen el acceso.

Asimismo, la atención a la salud mental en la vejez está condicionada por **estigmas persistentes** que asocian la vejez con el deterioro inevitable o la inutilidad social. Estos imaginarios negativos, fuertemente arraigados, obstaculizan la búsqueda de ayuda por parte de las personas mayores, y dificultan la detección precoz de signos de malestar psicoemocional, especialmente cuando se expresan de manera sutil o atípica. Por ello, resulta indispensable promover campañas de sensibilización, formación para

profesionales de la salud, y espacios comunitarios de escucha y contención que reduzcan el estigma y abran canales de diálogo intergeneracional.

Frente a esta situación, diversas estrategias pueden contribuir a mitigar los efectos de la soledad y fortalecer la salud mental en la vejez. Entre ellas destacan: la creación de redes comunitarias de acompañamiento; programas de voluntariado y mentoría intergeneracional; talleres de expresión artística, corporal y narrativa; el acceso a tecnologías que favorezcan la comunicación virtual significativa; y el diseño de entornos urbanos y residenciales que estimulen la interacción social y el sentimiento de pertenencia. Estas medidas, si bien no reemplazan los vínculos íntimos o familiares, pueden contribuir a sostener experiencias de relación, reconocimiento y utilidad que son fundamentales para el equilibrio psicoemocional.

En definitiva, atender la salud mental y la soledad en la vejez implica reconocer que el bienestar psicológico no es un privilegio de la juventud, sino un derecho humano que debe ser garantizado en todas las etapas del ciclo vital. En un contexto de sociedades cada vez más longevas, invertir en salud mental geriátrica, promover relaciones sociales significativas y generar condiciones para el envejecimiento emocionalmente saludable no solo mejora la calidad de vida individual, sino que también fortalece la cohesión social, el capital comunitario y el sentido colectivo de responsabilidad hacia quienes nos precedieron.

## **Representaciones culturales del envejecimiento**

Las representaciones culturales del envejecimiento constituyen un campo de significación decisivo en la manera en que las sociedades perciben, valoran y organizan la vida en la vejez. Lejos de ser una etapa biológica con atributos fijos, la vejez es una construcción social profundamente influida por narrativas históricas, imaginarios colectivos, discursos mediáticos y regímenes simbólicos que determinan lo que se espera, se permite o se margina respecto a las personas mayores. En este sentido, analizar las representaciones culturales del envejecimiento implica interrogar no solo cómo vemos a la vejez, sino cómo esa mirada condiciona su vivencia, sus derechos y su lugar en la vida pública.

A lo largo del tiempo, las imágenes de la vejez han oscilado entre dos polos aparentemente opuestos, pero igualmente reductores: por un lado, la figura del anciano sabio, venerado y respetado por su experiencia; por otro, la imagen de la persona pasiva, dependiente y frágil, asociada a la decadencia, la improductividad y la carga social. En las sociedades contemporáneas, especialmente en aquellas marcadas por el culto a la juventud, la productividad y la autonomía individual, predomina una representación de la vejez como pérdida, declive o estancamiento. Esta visión se refuerza a través de narrativas mediáticas, estéticas e institucionales que invisibilizan, estigmatizan o infantilizan a las personas mayores, contribuyendo a su exclusión simbólica y social.

Uno de los mecanismos más extendidos en este proceso es el **edadismo** (o discriminación por edad), un conjunto de prácticas y discursos que reproducen estereotipos negativos hacia las personas mayores y que, a menudo, son naturalizados tanto a nivel individual como institucional. El edadismo se manifiesta en múltiples esferas: en el lenguaje cotidiano que asocia la vejez con lo inútil o lo obsoleto; en las políticas laborales que excluyen a trabajadores mayores; en la publicidad que ignora sus intereses y necesidades; o en las decisiones médicas que subestiman su autonomía y capacidad de decisión. Esta discriminación estructural no solo afecta la autoestima y la participación social de las personas mayores, sino que limita las posibilidades de construir sociedades verdaderamente inclusivas y justas.

Frente a estas narrativas hegemónicas, se han desarrollado, en las últimas décadas, **discursos alternativos que reivindican la diversidad y el potencial de la vejez**. Desde el campo de la gerontología social, el activismo intergeneracional, el arte y la literatura, han surgido múltiples voces que desafían los estereotipos dominantes y proponen una visión más plural, rica y empoderada del envejecimiento. Estas nuevas representaciones buscan visibilizar las distintas formas de vivir la vejez —desde la jubilación activa hasta la participación política, el emprendimiento tardío, la creación artística o la vida afectiva y sexual— y reconocen que la vejez no es un estado homogéneo, sino una etapa marcada por múltiples trayectorias, identidades y condiciones materiales.

En este marco, el papel de los medios de comunicación, la educación y la cultura popular resulta fundamental. La forma en que se representan las personas mayores en la televisión, el cine, la publicidad, los libros de texto o las redes sociales tiene un impacto directo sobre la percepción social de la vejez y sobre la autoimagen que las propias personas mayores construyen de sí mismas. Promover imágenes diversas, respetuosas y realistas de la vejez no es una cuestión decorativa, sino una herramienta de transformación social que permite combatir el estigma, fomentar el diálogo intergeneracional y construir una cultura del reconocimiento que valore todas las etapas de la vida.

Además, es necesario considerar que las representaciones culturales del envejecimiento varían según factores como el género, la clase, la etnicidad o el territorio. Las mujeres mayores, por ejemplo, suelen enfrentar una doble discriminación: por edad y por género, al ser invisibilizadas tanto por no responder al ideal estético juvenil como por haber sido históricamente relegadas a roles de cuidado no reconocidos. De igual modo, las personas mayores de sectores populares, comunidades indígenas o territorios rurales experimentan formas específicas de marginación simbólica que deben ser visibilizadas y combatidas desde una perspectiva interseccional.

En definitiva, las representaciones culturales del envejecimiento no son simples reflejos pasivos de una realidad biológica, sino construcciones activas que moldean expectativas, normas y políticas. Transformar estas representaciones es un paso esencial para avanzar hacia sociedades que reconozcan la dignidad, el valor y la agencia de las

personas mayores, y para garantizar que el aumento de la longevidad se traduzca en una ampliación efectiva de la ciudadanía y el bienestar en todas las etapas de la vida.

## Edadismo y discriminación por edad



El **edadismo**, o discriminación por motivos de edad, constituye una forma de exclusión social profundamente arraigada y, a menudo, invisibilizada, que afecta de manera particular a las personas mayores en múltiples dimensiones de su vida cotidiana. Aunque ha sido reconocida como una problemática relevante por organismos internacionales como la Organización Mundial de la Salud y Naciones Unidas, su tratamiento en las políticas públicas y en la conciencia colectiva continúa siendo incipiente. El edadismo no solo vulnera los derechos humanos de millones de personas, sino que también obstaculiza la construcción de sociedades equitativas, inclusivas y democráticas en contextos de envejecimiento poblacional acelerado.

El edadismo puede manifestarse de forma **explícita o implícita, individual o estructural**, y suele operar en interacción con otras formas de discriminación, como el sexismo, el racismo o la desigualdad socioeconómica. En su dimensión explícita, se expresa en actitudes y comportamientos abiertamente excluyentes, como la burla, el desprecio, la infantilización o la negación del derecho a decidir sobre la propia vida. En su forma implícita o estructural, se reproduce a través de normas, prácticas institucionales y discursos sociales que naturalizan la marginalización de las personas mayores: la exclusión del mercado laboral, la escasa representación en los medios de

comunicación, la falta de adaptación de los servicios públicos, la ausencia de participación política efectiva o el acceso desigual a tecnologías y espacios urbanos.

Uno de los ámbitos donde el edadismo tiene mayor impacto es el **mercado laboral**. A pesar de que las personas mayores pueden y desean seguir participando activamente en la vida productiva, muchas enfrentan barreras injustificadas para mantener o acceder a un empleo. Las empresas, guiadas por prejuicios sobre la supuesta obsolescencia, rigidez o inadaptabilidad de los trabajadores mayores, tienden a priorizar la contratación de personas jóvenes, incluso en tareas donde la experiencia, la estabilidad y el conocimiento acumulado son activos estratégicos. Esta discriminación no solo reduce las oportunidades laborales de quienes desean o necesitan seguir trabajando, sino que empobrece al conjunto del sistema productivo, al desaprovechar un capital humano valioso.

En el ámbito de la **salud y los cuidados**, el edadismo se manifiesta en prácticas clínicas que subestiman o minimizan los síntomas expresados por personas mayores, en la negación de ciertos tratamientos por considerar que “ya no vale la pena intervenir” o en la exclusión de este grupo etario en ensayos clínicos, lo que limita el desarrollo de terapias adaptadas. Durante la pandemia de COVID-19, esta discriminación adquirió visibilidad extrema, cuando en varios países se establecieron protocolos de atención que priorizaban el acceso a recursos sanitarios escasos en función de la edad, en detrimento de principios éticos basados en la dignidad y el derecho a la vida.

El **edadismo cultural y simbólico** es igualmente pernicioso. Las representaciones sociales que asocian la vejez con la decrepitud, la improductividad o la carga social no solo afectan la autoestima y la salud mental de las personas mayores, sino que erosionan su agencia, reducen su participación en la vida pública y limitan las posibilidades de imaginar futuros deseables para la longevidad. Esta visión reductora, basada en estereotipos homogéneos y descontextualizados, obstaculiza el reconocimiento de la diversidad de formas de envejecer, y refuerza la idea de que la vida pierde valor y sentido al llegar a cierta edad.

Frente a esta realidad, resulta urgente **desarrollar estrategias de sensibilización, formación y transformación institucional** orientadas a erradicar el edadismo en todas sus formas. Esto incluye campañas educativas que promuevan una visión positiva y plural del envejecimiento, la incorporación de contenidos gerontológicos en la formación de profesionales, el diseño de políticas públicas con enfoque intergeneracional, y la inclusión activa de las personas mayores en los procesos de toma de decisiones que las afectan. También es fundamental promover marcos normativos que reconozcan explícitamente la discriminación por edad como una violación de derechos humanos y establezcan mecanismos eficaces para su prevención, denuncia y reparación.

En síntesis, el edadismo no es un problema menor ni marginal: es una forma de violencia simbólica, estructural y cotidiana que limita la posibilidad de vivir una vejez plena, autónoma y digna. Superarlo no solo implica proteger los derechos de quienes hoy son mayores, sino también anticipar y construir colectivamente las condiciones de

respeto, equidad y justicia que todos deseamos para nuestra propia longevidad. En un mundo que envejece, combatir el edadismo es una tarea urgente, ineludible y profundamente transformadora.

# Políticas públicas frente al envejecimiento

## Reformas en pensiones y sistemas de protección



Las reformas en los sistemas de pensiones y protección social constituyen uno de los ejes estratégicos más debatidos y sensibles en el contexto del envejecimiento poblacional. El aumento sostenido en la proporción de personas mayores, junto con la prolongación de la esperanza de vida y la transformación de los mercados laborales, está tensionando los modelos tradicionales de previsión social, en muchos casos diseñados bajo supuestos demográficos, económicos y socioculturales que ya no se corresponden con la realidad contemporánea. En este escenario, las reformas no solo se vuelven necesarias desde una perspectiva financiera, sino también desde una lógica de justicia intergeneracional, equidad y sostenibilidad social.

En las últimas décadas, numerosos países han abordado reformas previsionales en respuesta a la creciente presión sobre sus sistemas de pensiones. Estas reformas han seguido caminos diversos, dependiendo de los modelos institucionales de base (reparto, capitalización, mixto), del grado de madurez del sistema y del contexto económico. En

general, las medidas adoptadas se han centrado en **aumentar la edad de jubilación, reducir el monto de las pensiones, ampliar el período de cotización o incentivar los sistemas de ahorro individual**. Aunque estas políticas pueden contribuir a equilibrar financieramente los sistemas, muchas veces se han implementado sin considerar adecuadamente las desigualdades acumuladas en el mercado laboral, afectando de forma desproporcionada a mujeres, trabajadores informales, personas con trayectorias laborales inestables o aquellas con condiciones de salud deterioradas.

Uno de los desafíos más urgentes es la necesidad de construir sistemas **más inclusivos y redistributivos**, capaces de garantizar ingresos suficientes a todas las personas mayores, independientemente de su historia contributiva. Para ello, se vuelve central fortalecer o introducir **pilares no contributivos**, como las pensiones sociales universales o los ingresos mínimos garantizados, que reconozcan el derecho a una vejez digna como parte del contrato social y no exclusivamente como resultado del rendimiento individual en el mercado. Estas prestaciones, además de mitigar la pobreza en la vejez, tienen efectos positivos en la cohesión social, la equidad de género y el dinamismo económico local, especialmente en contextos de alta informalidad laboral.

## Diferencia en la cuantía de pensión por géneros

Pensiones en vigor 2022 (abril)

PENSIÓN DE JUBILACIÓN	HOMBRES		MUJERES		BRECHA DE GÉNERO		
	NÚMERO	PENSIÓN MEDIA	NÚMERO	PENSIÓN MEDIA	% MUJERES		DIFERENCIA H-M (%)
General	2.805.415	1.571,62	1.721.764	1.123,64	38,03		-28,50
Trabajadores autónomos	774.634	931,71	547.819	694,19	41,42		-25,49
Total del sistema	3.748.315	1.437,88	2.490.348	971,07	39,92		-32,47
<b>PENSIÓN DE VIUDEDAD</b>							
General	142.552	590,92	1.597.343	848,02	91,81		43,51
Trabajadores autónomos	48.628	405,27	418.553	577,99	89,59		42,62
Total del sistema	194.891	547,85	2.156.385	797,44	91,71		45,56
<b>TOTAL DE PENSIONES</b>							
General	3.528.233	1.429,00	3.757.134	970,12	51,57		-32,11
Trabajadores autónomos	938.062	873,10	1.040.759	637,55	52,59		-26,98
Total del sistema	4.736.782	1.316,57	5.192.672	878,50	52,30		-33,27

Fuente: Seguridad Social, CCOO.

elEconomista

Al mismo tiempo, es indispensable avanzar hacia una **revisión estructural del sistema de cuidados** como parte del sistema de protección social. En muchas regiones, los cuidados continúan siendo tratados como una cuestión privada o familiar, sin que existan políticas coherentes, sostenidas y financiadas que integren el cuidado como un derecho y una responsabilidad colectiva. Incluir el cuidado en la arquitectura de la protección social implica reconocer el trabajo no remunerado, redistribuirlo entre géneros, niveles de gobierno y sectores sociales, y garantizar acceso a servicios de calidad para quienes lo requieren. En este sentido, los **sistemas integrales de cuidados**

representan una de las innovaciones más relevantes para enfrentar el envejecimiento de forma equitativa.

Otro eje fundamental de reforma es la **sostenibilidad institucional y fiscal** de los sistemas de pensiones. Aunque el discurso dominante tiende a presentar la longevidad como una amenaza para las finanzas públicas, diversos estudios demuestran que el verdadero problema radica más en la desigualdad, la informalidad y la baja productividad que en el envejecimiento per se. Por lo tanto, mejorar la sostenibilidad requiere medidas integrales: aumentar la formalización del empleo, diversificar las fuentes de financiamiento del sistema (incluyendo impuestos progresivos), y promover políticas económicas que eleven el empleo de calidad y los ingresos de los trabajadores, lo que repercute directamente en los aportes al sistema.

Finalmente, cualquier reforma estructural debe ir acompañada de un proceso democrático de deliberación pública, transparencia y participación. Las pensiones no son un simple problema técnico, sino un elemento clave del pacto social que define cómo una sociedad distribuye sus recursos, reconoce el trabajo (remunerado y no remunerado) y garantiza el derecho a envejecer con seguridad y dignidad. Es por ello que las reformas no pueden limitarse a cálculos actuariales, sino que deben estar ancladas en principios de justicia social, equidad de género, solidaridad intergeneracional y derechos humanos.

En definitiva, la reforma de los sistemas de pensiones y protección social en contextos de envejecimiento no puede entenderse como una medida de ajuste, sino como una **oportunidad histórica para rediseñar un modelo más inclusivo, resiliente y justo**. Asumir este desafío con responsabilidad y visión de largo plazo es fundamental para garantizar el bienestar de las generaciones presentes y futuras, y para hacer del envejecimiento un pilar del desarrollo humano sostenible.

## **Modelos de atención a la dependencia: del institucional al comunitario**

En el marco del envejecimiento poblacional, la atención a las personas en situación de dependencia constituye uno de los principales retos para los sistemas de protección social. A medida que aumenta la proporción de personas mayores que requieren apoyos para el desarrollo de las actividades básicas de la vida diaria —como alimentarse, movilizarse, asearse o comunicarse—, se hace cada vez más evidente la necesidad de contar con **modelos integrales, sostenibles y humanizados de atención**, capaces de garantizar el derecho a una vida digna, autónoma y segura en condiciones de fragilidad o vulnerabilidad.

Tradicionalmente, los modelos predominantes han estado marcados por una **fuerte institucionalización del cuidado**, en la que las residencias geriátricas o centros de larga estadía se constituyen como la respuesta principal ante situaciones de

dependencia. Si bien estas instituciones cumplen un papel relevante en ciertos casos — especialmente en situaciones de dependencia severa o en ausencia de redes familiares—, diversos estudios han señalado sus **limitaciones estructurales**: altos niveles de medicalización, rigidez organizativa, pérdida de vínculos afectivos, estandarización de los cuidados y, en muchos casos, condiciones de vida que atentan contra la autonomía y la dignidad de las personas residentes. La pandemia de COVID-19 evidenció de manera dramática las vulnerabilidades de este modelo, con altos niveles de contagio y mortalidad en residencias, y con una agudización del aislamiento social.

Ante este escenario, se ha producido en los últimos años un **giro conceptual y político hacia modelos de atención centrados en la persona y anclados en la comunidad**. Este enfoque, impulsado por organismos internacionales y asumido por múltiples gobiernos, plantea que las personas deben poder envejecer y recibir cuidados en sus propios entornos, en condiciones de proximidad, familiaridad y control sobre su vida cotidiana. Se prioriza así el **cuidado domiciliario, los servicios comunitarios de apoyo, la rehabilitación funcional, la tecnología de asistencia personalizada y la articulación de redes locales de cuidado**, que permiten combinar atención profesional con participación familiar y comunitaria.

El modelo comunitario se basa en varios principios fundamentales: la **autonomía y autodeterminación de las personas mayores**, la **inclusión en la vida social**, la **desinstitucionalización progresiva** y la **coordinación entre servicios de salud, asistencia social, vivienda y transporte**. Su implementación requiere una transformación profunda de las estructuras institucionales, un cambio cultural en torno al envejecimiento y una inversión sostenida en recursos humanos, tecnológicos y financieros. Además, demanda la **profesionalización del cuidado**, con condiciones laborales dignas para las y los cuidadores, la creación de equipos multidisciplinarios y la consolidación de servicios públicos que actúen como garantes del derecho al cuidado.

Uno de los mayores desafíos en la transición hacia este modelo es su **viabilidad en contextos de desigualdad socioeconómica, informalidad y debilidad institucional**. En muchos países, el peso del cuidado sigue recayendo sobre las familias, sin apoyos del Estado ni alternativas accesibles. Por ello, la transformación hacia un modelo comunitario no puede ser entendida como un simple desplazamiento del escenario físico (de la institución al hogar), sino como un **rediseño integral de la política pública**, que incluya regulaciones, financiamiento, coordinación intersectorial y participación social. Las experiencias exitosas muestran que este cambio es posible cuando se construye de forma participativa, con fuerte anclaje territorial y con reconocimiento de los saberes y capacidades de las propias personas mayores.

Cabe destacar que **los entornos comunitarios también deben ser transformados** para cumplir su rol como espacios de cuidado. Ello implica políticas urbanas que garanticen accesibilidad, movilidad segura, espacios de encuentro intergeneracional, viviendas adaptadas y servicios básicos próximos. El cuidado en comunidad no es solo una cuestión sanitaria o asistencial, sino una apuesta por un modelo de convivencia más

justo, inclusivo y resiliente, en el que el envejecimiento y la dependencia sean asumidos colectivamente como parte inherente de la vida social.

En síntesis, avanzar del modelo institucional hacia el comunitario no significa eliminar las residencias o negar su función, sino **reconfigurar el sistema de atención a la dependencia desde una lógica de proximidad, dignidad y derechos**. Esta transformación es clave para enfrentar los desafíos del envejecimiento poblacional con responsabilidad y humanidad, y para construir una sociedad en la que todas las personas, sin importar su grado de autonomía, puedan ser parte activa y reconocida del proyecto común.

## Urbanismo y envejecimiento: ciudades amigables



El envejecimiento de la población plantea desafíos urgentes en materia de urbanismo, planificación territorial y diseño del espacio público. A medida que aumenta la proporción de personas mayores en entornos urbanos, se vuelve imprescindible repensar el modelo de ciudad dominante, históricamente diseñado para poblaciones jóvenes, activas y con plena movilidad. En este contexto, el concepto de “**ciudades amigables con las personas mayores**”, impulsado por la Organización Mundial de la Salud desde 2007, ha adquirido relevancia como un marco de referencia para la transformación de los espacios urbanos hacia entornos inclusivos, accesibles y sostenibles para todas las edades.

Una **ciudad amigable** no es aquella que simplemente adapta infraestructuras para personas con movilidad reducida, sino aquella que reconoce el envejecimiento

como una dimensión estructural de la vida urbana y lo integra de forma transversal en sus políticas, servicios y diseño espacial. Esto implica repensar el modo en que se conciben la vivienda, el transporte, el espacio público, los servicios de salud, la seguridad, la participación ciudadana y la vida cultural, con el objetivo de garantizar el **derecho a la ciudad** para las personas mayores en condiciones de autonomía, bienestar y equidad.

En términos de infraestructura, la accesibilidad física constituye un pilar fundamental. Calles bien iluminadas y niveladas, aceras anchas y sin obstáculos, rampas y cruces peatonales seguros, mobiliario urbano adecuado, transporte público accesible y viviendas adaptadas son requisitos básicos para que las personas mayores puedan desplazarse con independencia y seguridad. Sin embargo, la mayoría de las ciudades — incluso en contextos desarrollados — presentan déficits importantes en estos aspectos, lo que contribuye a la restricción de la movilidad, el aislamiento social y el deterioro de la calidad de vida de la población envejecida.

Pero la **amigabilidad urbana no se limita al plano físico**. También incluye la dimensión social, relacional y simbólica de la vida urbana. Esto significa fomentar la participación activa de las personas mayores en las decisiones que afectan su entorno, promover espacios de encuentro intergeneracional, garantizar el acceso a la información y a los servicios básicos, y combatir el edadismo a través de políticas culturales, educativas y comunicacionales. Las ciudades amigables son, en este sentido, ciudades que promueven el **vínculo comunitario**, el reconocimiento mutuo y la corresponsabilidad social ante el envejecimiento.

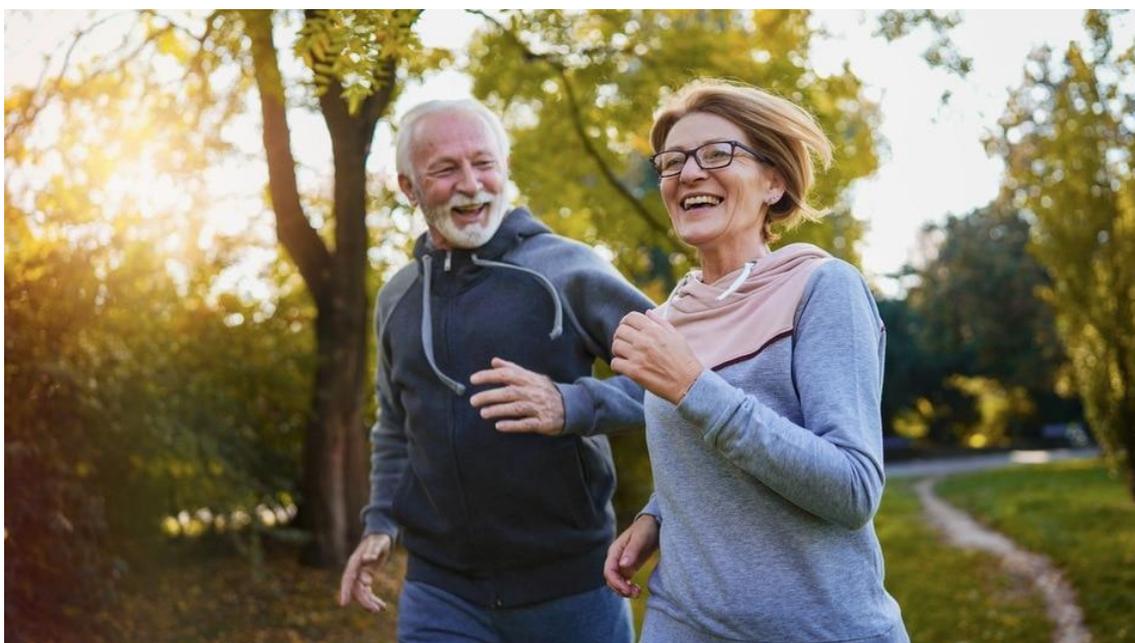
El entorno residencial también desempeña un papel central. Las personas mayores, especialmente aquellas en situación de dependencia leve o moderada, suelen preferir envejecer en su propio hogar o en entornos conocidos, lo que refuerza la necesidad de **viviendas accesibles, seguras y bien conectadas**. La existencia de servicios de proximidad — como centros de salud, farmacias, tiendas, espacios culturales y servicios sociales — facilita la permanencia en el barrio y reduce la dependencia institucional. Por ello, el urbanismo orientado al envejecimiento debe apostar por modelos de ciudad compacta, policéntrica y orientada al peatón, que facilite la autonomía y la inclusión social.

A nivel internacional, distintas ciudades han comenzado a implementar políticas públicas inspiradas en este enfoque. Programas de transporte gratuito para personas mayores, redes de apoyo comunitario, centros de día integrados en barrios, servicios de acompañamiento personalizado, planificación participativa intergeneracional y creación de consejos ciudadanos de personas mayores son algunas de las estrategias desarrolladas en urbes como Barcelona, Manchester, Tokio, Nueva York o Ciudad de México. Estas experiencias demuestran que es posible construir entornos urbanos inclusivos cuando existe voluntad política, coordinación intersectorial y compromiso ciudadano.

Sin embargo, la implementación de políticas de amigabilidad urbana enfrenta **obstáculos estructurales**, como la fragmentación institucional, la falta de financiamiento, la ausencia de datos desagregados por edad o la falta de formación técnica en urbanismo gerontológico. Superar estas barreras requiere integrar el enfoque de envejecimiento activo en la agenda urbana de manera permanente, promover alianzas entre gobiernos locales, universidades y organizaciones sociales, y desarrollar indicadores específicos que permitan evaluar el impacto de las intervenciones urbanas en la calidad de vida de las personas mayores.

En síntesis, el urbanismo en contextos de envejecimiento debe abandonar su enfoque funcionalista y orientarse hacia un **modelo de ciudad cuidadora**, centrado en las personas, sensible a las trayectorias vitales y capaz de responder a las transformaciones demográficas con equidad, sostenibilidad y justicia espacial. Promover ciudades amigables no solo beneficia a las personas mayores, sino que mejora la habitabilidad para todas las edades, contribuye a la cohesión social y fortalece la resiliencia urbana frente a los desafíos del siglo XXI.

## Educación a lo largo de la vida y envejecimiento activo



El concepto de **educación a lo largo de la vida** ha cobrado creciente relevancia en el debate contemporáneo sobre el envejecimiento activo, al ofrecer una perspectiva que rompe con la tradicional asociación entre educación y juventud. Frente a un mundo en transformación permanente —tecnológica, laboral, cultural y socialmente—, las sociedades longevas necesitan garantizar el derecho a la formación continua como una condición fundamental para la participación plena de las personas mayores, no solo en

términos de productividad económica, sino también de desarrollo personal, inclusión social y ejercicio efectivo de la ciudadanía.

En este contexto, la educación en la vejez no debe entenderse como una adaptación correctiva frente al deterioro, sino como un **derecho humano** que permite ampliar horizontes vitales, reconstruir trayectorias, generar vínculos significativos y resignificar el sentido de la vida en etapas avanzadas. Desde este enfoque, la formación continua contribuye a contrarrestar los efectos del edadismo, al desafiar la idea de que la vejez es una etapa de estancamiento o pasividad, y al reafirmar la capacidad de aprender, crear y transformar en cualquier momento del ciclo vital.

Las políticas públicas orientadas a fomentar el **envejecimiento activo** —concepto promovido por la Organización Mundial de la Salud— reconocen la importancia de mantener el capital físico, mental y social de las personas mayores mediante la participación en actividades significativas. Dentro de este paradigma, la educación aparece no solo como un medio para actualizar conocimientos o adquirir competencias digitales, sino como un espacio de encuentro intergeneracional, empoderamiento personal y construcción de ciudadanía. Iniciativas como las **universidades de la tercera edad**, los programas de alfabetización digital, los talleres artísticos, las escuelas populares de formación para adultos mayores o los programas de mentoría comunitaria representan ejemplos concretos de cómo el aprendizaje puede ser un vehículo de integración y bienestar en la vejez.

Uno de los retos centrales en este ámbito es **garantizar la accesibilidad y la equidad** en el acceso a estas oportunidades educativas. En muchos países, las ofertas formativas para personas mayores se concentran en zonas urbanas, están dirigidas a sectores medios con cierto capital cultural, o carecen de financiamiento público estable. Esto reproduce desigualdades preexistentes y excluye a amplios sectores de la población mayor que no han tenido trayectorias educativas previas, que habitan en zonas rurales o que enfrentan barreras económicas, tecnológicas o simbólicas para el acceso. Superar esta brecha requiere una política educativa universalista, territorialmente descentralizada, culturalmente pertinente y transversal al conjunto de políticas sociales.

Asimismo, el vínculo entre educación y longevidad activa no puede limitarse a la oferta institucional formal. Las experiencias de **aprendizaje informal y comunitario**, el intercambio de saberes entre generaciones, la participación en organizaciones sociales, el voluntariado o la formación entre pares son igualmente relevantes en la construcción de subjetividades positivas de la vejez. Estas prácticas no solo promueven el conocimiento, sino también el sentido de utilidad, la autoestima, el protagonismo social y la creación de redes de apoyo mutuo, todos ellos elementos esenciales para el bienestar psicoemocional en la etapa de envejecimiento.

Finalmente, en un mundo cada vez más digitalizado, la **alfabetización digital de las personas mayores** se vuelve una prioridad estratégica. El acceso y uso significativo de las tecnologías de la información y la comunicación no solo permite mejorar la calidad de vida —a través de servicios de salud, educación, trámites, redes sociales y actividades

culturales—, sino que también constituye una herramienta para reducir la brecha generacional, democratizar el conocimiento y empoderar a los ciudadanos mayores frente a procesos de transformación acelerada.

En síntesis, promover la educación a lo largo de la vida como eje del envejecimiento activo implica apostar por una visión transformadora de la vejez, que reconozca el potencial creativo, intelectual y relacional de las personas mayores. Más allá de su impacto individual, estas políticas educativas fortalecen el tejido social, promueven la cohesión comunitaria y contribuyen a construir sociedades que valoran la diversidad etaria como una fuente de riqueza colectiva y no como un desafío que gestionar pasivamente.

## Tecnologías para la inclusión y autonomía

En el marco del envejecimiento poblacional, las tecnologías emergen como una herramienta estratégica para fortalecer la inclusión social, la autonomía personal y la calidad de vida de las personas mayores. Lejos de constituir un ámbito exclusivo de las generaciones jóvenes, la transformación tecnológica —si es correctamente orientada y socialmente adaptada— puede ofrecer soluciones innovadoras para enfrentar muchos de los retos asociados al envejecimiento, como la dependencia, la soledad, el aislamiento, la dificultad de acceso a servicios básicos o la fragilidad en contextos urbanos no adaptados.

El desarrollo de **tecnologías asistivas**, digitales y de comunicación ha abierto un amplio espectro de posibilidades para la vida cotidiana en la vejez. Dispositivos inteligentes de monitoreo domiciliario, sensores de movimiento, asistentes virtuales, aplicaciones móviles para la gestión de la salud, plataformas de telemedicina, relojes con alerta de caídas o GPS integrado, entre otros, permiten mejorar la seguridad, facilitar la movilidad y fortalecer la capacidad de las personas mayores para vivir de forma autónoma en sus propios hogares. Estas herramientas no solo amplían el margen de acción individual, sino que también alivian la carga de los cuidadores y optimizan los sistemas públicos de atención a la dependencia.

En el ámbito de la comunicación y la participación, la tecnología cumple un papel igualmente relevante. El acceso a internet y el uso de dispositivos digitales posibilitan la **conectividad con familiares, redes de apoyo, servicios públicos, iniciativas culturales y actividades de formación**, lo que contribuye a reducir el aislamiento social y a fomentar la participación activa en la vida comunitaria. Sin embargo, esta dimensión requiere una política clara de **alfabetización digital intergeneracional**, que no se limite a la adquisición de habilidades técnicas, sino que promueva la apropiación crítica y significativa de las tecnologías, desde un enfoque de derechos.

A pesar de su potencial, el uso de tecnologías en la vejez enfrenta **importantes barreras estructurales y simbólicas**. La brecha digital por edad sigue siendo un fenómeno ampliamente documentado, especialmente en contextos de pobreza, ruralidad o baja escolaridad. Muchas personas mayores carecen del equipamiento, la conectividad o la formación necesarios para acceder a estas herramientas, mientras que otras enfrentan limitaciones cognitivas, visuales o motrices que dificultan su uso sin adaptaciones específicas. Además, los propios diseños tecnológicos, desarrollados desde una lógica juvenil y capacitista, suelen reproducir exclusiones al no considerar las necesidades, preferencias y capacidades de los usuarios mayores.

Por ello, es imprescindible promover el desarrollo de tecnologías **inclusivas, accesibles y participativas**, que respondan a los principios del diseño universal, integren la perspectiva del envejecimiento desde el origen y sean desarrolladas con la participación activa de personas mayores. En lugar de ser receptores pasivos de soluciones prediseñadas, los adultos mayores deben ser reconocidos como sujetos activos en el proceso de innovación tecnológica: expertos en su experiencia, conocedores de sus entornos y actores clave en la evaluación de la utilidad, la usabilidad y el impacto de las tecnologías sobre su vida cotidiana.

En términos de política pública, esto requiere **inversión sostenida, regulación clara y alianzas multiactorales** entre gobiernos, empresas tecnológicas, universidades, sistemas de salud y organizaciones sociales. Es necesario establecer marcos normativos que protejan la privacidad y los derechos digitales de las personas mayores, que regulen el uso de datos personales en entornos de salud y que garanticen estándares de calidad y accesibilidad en los productos tecnológicos destinados a esta población. Al mismo tiempo, deben diseñarse políticas activas de formación digital, distribución equitativa de dispositivos, apoyo técnico y acompañamiento humano en la incorporación de nuevas tecnologías.

Más allá de la función instrumental, las tecnologías pueden desempeñar un papel transformador en el **reconocimiento simbólico y social de las personas mayores**. Su participación activa en la era digital cuestiona los estereotipos de obsolescencia y pasividad, promueve nuevas formas de expresión cultural y activismo ciudadano, y contribuye a visibilizar la vejez como una etapa vital plena de sentido, desafíos y posibilidades. En este sentido, la tecnología puede ser no solo una herramienta de inclusión funcional, sino también un vehículo para el empoderamiento personal y colectivo.

En definitiva, el vínculo entre tecnología y envejecimiento debe ser concebido desde una **perspectiva ética, social y política**, que ponga en el centro los derechos, las necesidades y las aspiraciones de las personas mayores. Aprovechar el potencial de la innovación tecnológica para garantizar la inclusión, la autonomía y el bienestar en la vejez no es un lujo ni un suplemento opcional, sino una condición necesaria para construir sociedades más justas, democráticas y preparadas para la longevidad.

# Perspectivas de futuro

## Proyecciones demográficas al 2050 y 2100



Las proyecciones demográficas son herramientas clave para comprender la magnitud y la dirección de los cambios poblacionales que definirán el devenir de las sociedades en las próximas décadas. En el caso del envejecimiento, los escenarios proyectados por organismos internacionales como la **División de Población de Naciones Unidas**, el **Banco Mundial** o la **Organización Mundial de la Salud**, muestran una transformación estructural sin precedentes en la historia de la humanidad: por primera vez, la población mundial tendrá más personas mayores que niños, y el centro de gravedad demográfico se desplazará hacia edades avanzadas.

De acuerdo con las **proyecciones oficiales de la ONU (World Population Prospects 2022)**, la población mundial de personas mayores de 65 años pasará de aproximadamente **783 millones en 2022 a más de 1.600 millones en 2050**, lo que representará cerca del **16% de la población global**. Hacia el año **2100**, se estima que los mayores de 65 podrían superar los **2.500 millones**, en un contexto de crecimiento desacelerado e incluso negativo en algunas regiones. Esta transición demográfica es aún

más pronunciada en regiones desarrolladas, donde la proporción de personas mayores podría llegar al **30% o más del total de la población** a mediados de siglo.

### World Population (Billion people)

● UN Prospects 2022 ● Wittgenstein ● Lancet ● Earth4All Too Little Too Late ● Earth4All Giant Leap

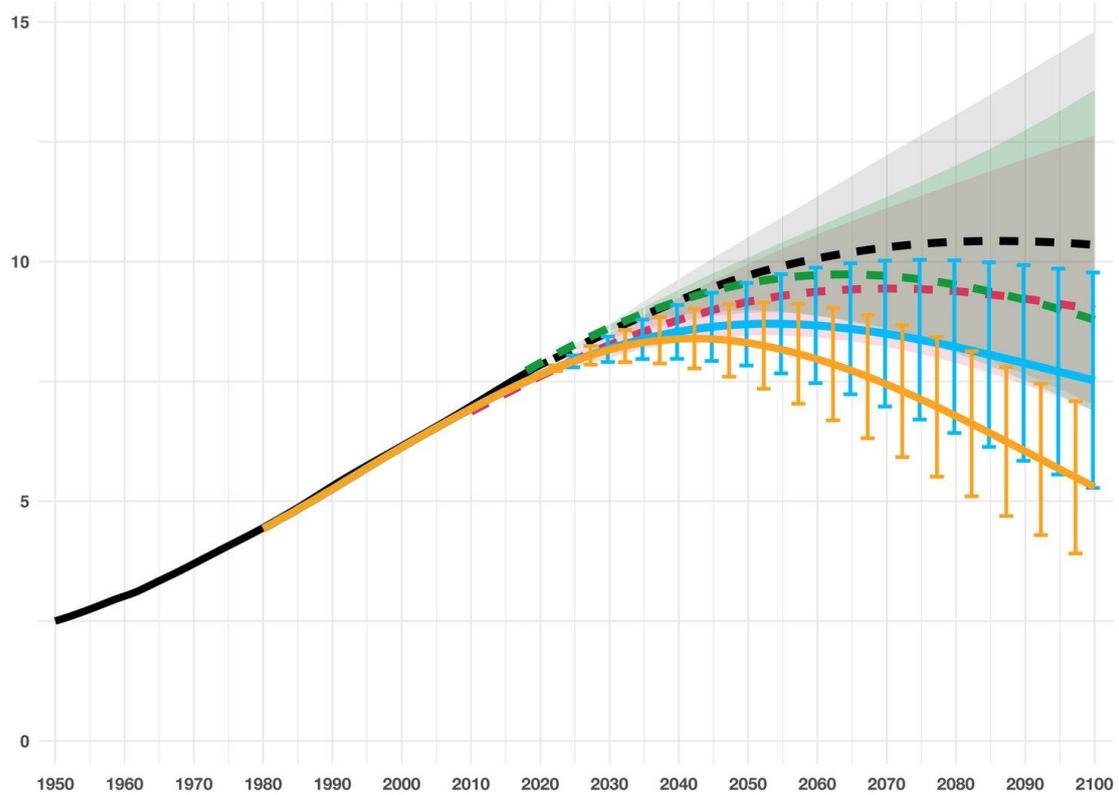
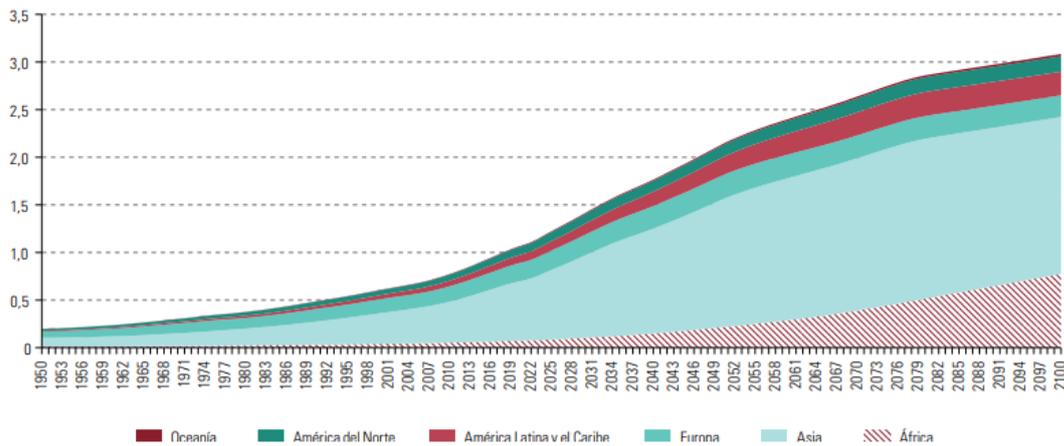


Gráfico I.2

Población mundial de 60 años y más, por región, 1950-2100  
(En miles de millones de personas)



Fuente: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), sobre la base de Naciones Unidas, *World Population Prospects 2022*, Nueva York, 2022.

El fenómeno no se limitará a Europa, América del Norte y el Este de Asia, regiones que ya presentan estructuras demográficas envejecidas. Países de ingresos medios —particularmente en **América Latina, Asia meridional y África del Norte**— están envejeciendo a un ritmo mucho más rápido, en ocasiones sin haber consolidado

sistemas de protección social sólidos. Por ejemplo, en América Latina, se estima que la población mayor de 60 años pasará de **90 millones en 2020 a más de 200 millones en 2050**, en un contexto de creciente desigualdad y alta informalidad laboral. En el caso de **China**, se prevé que en 2050 cerca del **38% de su población sea mayor de 60 años**, una transformación acelerada por décadas de control natal y rápidos avances en longevidad.

A largo plazo, hacia el año **2100**, se anticipa una tendencia global a la estabilización e incluso al decrecimiento poblacional, especialmente en aquellas regiones donde las tasas de fecundidad han caído muy por debajo del nivel de reemplazo generacional. Este fenómeno plantea escenarios de **inversión demográfica**, donde habrá más personas mayores que jóvenes, con implicaciones profundas en el mercado laboral, los sistemas de pensiones, la productividad, el consumo y la cohesión social. Países como **Japón, Italia, Corea del Sur o España** ya están experimentando estas dinámicas, con desafíos vinculados a la escasez de mano de obra, la contracción económica y la presión sobre los sistemas de salud y cuidados.

Por otro lado, regiones como **África subsahariana** continuarán teniendo estructuras poblacionales más jóvenes durante gran parte del siglo XXI, pero también verán crecer rápidamente el número absoluto de personas mayores. Aunque las tasas de envejecimiento serán más moderadas, la falta de políticas anticipadas podría generar vulnerabilidades significativas en el mediano plazo. Esta **desincronía demográfica** entre regiones es relevante no solo desde una perspectiva social, sino también geopolítica, ya que redefine los equilibrios globales de poder, migración, producción y consumo.

El impacto del envejecimiento sobre las estructuras sociales dependerá en gran medida de las **respuestas institucionales y políticas** que se adopten en el presente. Las proyecciones demográficas no deben entenderse como un destino inevitable, sino como **escenarios contingentes** que ofrecen una ventana de oportunidad para el diseño de estrategias proactivas, justas y sostenibles. La disponibilidad de datos confiables, la planificación basada en evidencia, y la capacidad de anticipar y adaptar las políticas públicas a las realidades futuras son condiciones esenciales para enfrentar los desafíos que plantea esta transición demográfica sin precedentes.

En definitiva, las proyecciones al 2050 y 2100 nos colocan ante un cambio civilizatorio de gran escala. La longevidad ya no será un fenómeno excepcional, sino una característica estructural de la vida humana. Este horizonte obliga a repensar profundamente los modelos de desarrollo, las nociones de trabajo, productividad, cuidado y ciudadanía, así como la arquitectura institucional que rige nuestras sociedades. Prepararse para el futuro no implica simplemente gestionar los efectos del envejecimiento, sino **redefinir colectivamente el significado de envejecer en un mundo que cambia**.

## ¿Un nuevo contrato intergeneracional?



El envejecimiento poblacional, con sus profundas implicaciones sociales, económicas y culturales, pone en cuestión el equilibrio entre generaciones sobre el cual se ha sostenido históricamente el pacto social en muchas sociedades. La transformación de las estructuras demográficas obliga a replantear la distribución de recursos, responsabilidades y derechos entre jóvenes, adultos y personas mayores. En este contexto, la idea de un **nuevo contrato intergeneracional** emerge como una propuesta necesaria y urgente para garantizar la cohesión social, la justicia distributiva y la sostenibilidad del bienestar colectivo en el siglo XXI.

Tradicionalmente, las relaciones intergeneracionales se han estructurado en torno a un modelo piramidal: una base amplia de población joven y en edad productiva sostenía, mediante el trabajo y la tributación, los sistemas de protección social que garantizaban ingresos, salud y cuidados a una proporción menor de personas mayores. Con la inversión progresiva de esta pirámide —producto del aumento de la esperanza de vida y la disminución de las tasas de fecundidad— esta lógica comienza a mostrar signos de agotamiento. En muchas sociedades, el número de personas jubiladas iguala o supera al de contribuyentes activos, lo que genera tensiones financieras, pero también **narrativas de competencia entre generaciones** que pueden erosionar la solidaridad social.

Este diagnóstico ha sido, en algunos casos, instrumentalizado para justificar recortes en derechos sociales, elevar la edad de jubilación o estigmatizar a las personas mayores como una carga económica. Sin embargo, este enfoque ignora que el envejecimiento es en realidad el resultado de **una victoria colectiva**: la mejora de las condiciones de vida, el acceso a la salud y el progreso científico. Además, pasa por alto las múltiples contribuciones que las personas mayores continúan realizando a la

sociedad: como cuidadores, voluntarios, transmisores de conocimiento, referentes comunitarios o participantes activos del mercado laboral y del consumo.

Desde esta perspectiva, un nuevo contrato intergeneracional no puede basarse en la lógica de la competencia, sino en una **ética de la corresponsabilidad y el reconocimiento mutuo**. Esto implica superar la visión cortoplacista y sectorial de las políticas públicas, para construir marcos que articulen los intereses, derechos y necesidades de todas las generaciones de manera equilibrada y con una mirada de largo plazo. Significa también diseñar políticas redistributivas que garanticen la equidad sin sacrificar la sostenibilidad, y fomentar una cultura política que valore la diversidad etaria como un activo social y no como una fuente de conflicto.

Un nuevo contrato intergeneracional debe considerar, entre otros elementos, **la reforma de los sistemas de pensiones y cuidados** para hacerlos más solidarios e inclusivos; el fortalecimiento de las políticas educativas y de inserción laboral juvenil; el acceso equitativo a la vivienda, la salud y los recursos digitales para todas las edades; y la promoción de espacios de participación política y social donde convivan diferentes generaciones en condiciones de igualdad. Además, debe basarse en el principio de reciprocidad: reconocer que todos, en distintas etapas de la vida, somos receptores y proveedores de apoyo, conocimiento y valor social.

En este sentido, las políticas públicas pueden jugar un rol fundamental en la promoción de **iniciativas intergeneracionales**, como programas de vivienda compartida entre jóvenes y mayores, mentorías cruzadas en entornos laborales, proyectos educativos colaborativos, espacios culturales intergeneracionales o sistemas de voluntariado mutuo. Estas experiencias, más allá de su impacto directo, contribuyen a reconstruir los lazos sociales debilitados, generar confianza entre grupos etarios y combatir estereotipos que fragmentan el tejido social.

Asimismo, es necesario incorporar la **dimensión intergeneracional en la gobernanza pública**, asegurando que los procesos de toma de decisiones incluyan perspectivas de todas las edades, y que las políticas respondan tanto a las urgencias del presente como a los desafíos del futuro. La planificación demográfica, la sostenibilidad ambiental, el uso de los recursos públicos y la orientación del desarrollo económico deben abordarse desde una perspectiva que integre el horizonte de las próximas generaciones.

En definitiva, el envejecimiento poblacional no plantea un conflicto entre generaciones, sino una oportunidad para renovar el pacto social sobre nuevas bases de equidad, solidaridad y sostenibilidad. Construir un nuevo contrato intergeneracional no es solo una necesidad ante el cambio demográfico, sino también un imperativo ético y político en la construcción de sociedades más justas, resilientes y orientadas al bien común.

## Posibles escenarios: ¿crisis, adaptación o renovación?

El envejecimiento poblacional, por su carácter global, irreversible y estructural, plantea la necesidad de proyectar distintos escenarios de futuro que permitan anticipar sus consecuencias y orientar la toma de decisiones en el presente. Lejos de ser un proceso neutral o lineal, su impacto dependerá en gran medida de las respuestas políticas, económicas, culturales y tecnológicas que las sociedades sean capaces de generar. En este marco, pueden identificarse tres grandes escenarios prospectivos: el de **crisis**, el de **adaptación** y el de **renovación**. Cada uno de ellos no representa un destino inevitable, sino un conjunto de posibilidades abiertas, condicionadas por las decisiones colectivas que se tomen hoy.

El escenario de **crisis** se caracteriza por una lectura predominantemente alarmista del envejecimiento, que lo presenta como una amenaza al equilibrio fiscal, al crecimiento económico y a la sostenibilidad de los sistemas de bienestar. En este marco, el envejecimiento es concebido como un factor de colapso: aumento insostenible del gasto público en pensiones y salud, escasez de mano de obra, estancamiento de la productividad, sobrecarga de los sistemas de cuidados, fractura del contrato intergeneracional y debilitamiento de la cohesión social. Este enfoque, centrado en la lógica del déficit, suele traducirse en políticas de ajuste, recortes de derechos, privatización de servicios y fragmentación institucional. Aunque este escenario refleja riesgos reales si no se actúa a tiempo, su enfoque restrictivo tiende a despolitizar el fenómeno y a consolidar narrativas de exclusión y temor hacia la vejez.

En contraposición, el escenario de **adaptación** plantea la posibilidad de gestionar el envejecimiento mediante reformas graduales, estrategias de eficiencia institucional y ajustes en las políticas públicas. Desde esta perspectiva, el envejecimiento no es una catástrofe, sino un proceso que puede ser **absorbido mediante innovación, planificación y reforma estructural**. Las sociedades que adoptan este enfoque reconocen la necesidad de modernizar sus sistemas de seguridad social, rediseñar el mercado laboral, invertir en infraestructura accesible, impulsar tecnologías inclusivas y desarrollar políticas de salud y cuidados sostenibles. El objetivo aquí es mitigar los efectos negativos del envejecimiento sin renunciar a la equidad, manteniendo los pilares del Estado de bienestar con mecanismos de sostenibilidad fiscal e innovación social. Este escenario, ya presente en algunos países europeos y asiáticos, requiere capacidades estatales robustas, acuerdos políticos estables y una ciudadanía activa y comprometida.

Por último, el escenario de **renovación** implica una transformación más profunda del modelo de sociedad, basada en una **relectura positiva y estructural del envejecimiento como oportunidad de desarrollo humano**. Aquí, la longevidad no es vista como una carga, sino como un logro civilizatorio que abre la puerta a nuevas formas de vida, organización social, producción y cultura. Este enfoque apuesta por redefinir las trayectorias vitales —diluyendo las fronteras rígidas entre educación, trabajo, jubilación y participación cívica—, redistribuir de manera más justa el tiempo y

los cuidados, generar modelos económicos centrados en el bienestar y construir un nuevo contrato social basado en la reciprocidad entre generaciones. Supone también una transformación cultural: el reconocimiento de la vejez como una etapa de plenitud, agencia y creatividad. En este escenario, el envejecimiento impulsa una **revolución del sentido**: del vivir más, al vivir mejor y convivir mejor.

Cabe destacar que estos escenarios no son mutuamente excluyentes ni se presentan de manera pura en la realidad. Lo más probable es que **coexistan de forma simultánea y desigual**, tanto dentro de los países como entre ellos, dependiendo del contexto institucional, los niveles de desarrollo, la cultura política y las capacidades de acción colectiva. Algunos territorios pueden experimentar crisis severas, mientras otros avanzan en reformas o innovan en sus respuestas sociales y tecnológicas. La tarea central de la prospectiva en este campo es, precisamente, identificar las tendencias emergentes, los puntos críticos y las oportunidades transformadoras que permitan orientar el presente hacia los escenarios más deseables.

En definitiva, pensar en posibles escenarios frente al envejecimiento implica asumir la **dimensión política y ética del futuro**. No se trata de predecir lo que ocurrirá, sino de deliberar colectivamente sobre lo que queremos que ocurra, y de movilizar recursos, instituciones y voluntades en esa dirección. Entre la resignación al colapso y la promesa de la renovación, las sociedades contemporáneas están llamadas a elegir activamente su camino, conscientes de que el modo en que gestionen hoy el envejecimiento definirá, en buena medida, la calidad de vida, la cohesión y el sentido de sus proyectos colectivos en las próximas décadas.

## Oportunidades emergentes ante una sociedad longeva



Aunque el envejecimiento poblacional suele abordarse desde una lógica de desafíos y tensiones, es igualmente importante reconocer que las sociedades longevas también abren un **amplio abanico de oportunidades** para la transformación social, económica y cultural. Estos escenarios de posibilidad no emergen

de forma automática, sino que deben ser cultivados mediante políticas activas, innovación institucional, reorganización del sistema productivo y una profunda

resignificación del lugar que ocupan las personas mayores en la vida colectiva. Lejos de constituir una carga, las personas mayores representan un **recurso social estratégico** que, adecuadamente integrado, puede contribuir a fortalecer la resiliencia, la cohesión y la creatividad de las sociedades contemporáneas.

Una de las oportunidades más evidentes se encuentra en el **potencial económico de la llamada “economía plateada”**, es decir, el conjunto de bienes, servicios y actividades vinculados a las necesidades, intereses y capacidades de la población mayor. Como se ha señalado en capítulos anteriores, este sector abarca desde productos de tecnología asistiva y atención sanitaria personalizada, hasta propuestas de turismo, cultura, vivienda, formación, alimentación y entretenimiento adaptadas. En una economía global que busca nuevos motores de crecimiento, el segmento de personas mayores —cada vez más numeroso, activo y diverso— puede impulsar innovaciones en el diseño, el marketing, la organización del trabajo y los modelos de negocio.

Otro campo de oportunidad lo constituye el **trabajo intergeneracional y el aprendizaje colaborativo**. En un mundo donde los cambios tecnológicos y culturales se suceden a gran velocidad, el diálogo entre generaciones permite construir puentes de comprensión, acelerar la transmisión de conocimientos y fortalecer la inteligencia colectiva. Las personas mayores pueden actuar como mentores, formadores, mediadores o referentes comunitarios, mientras que las generaciones más jóvenes aportan nuevas herramientas, lenguajes y sensibilidades. Espacios como las redes de mentoría, las cooperativas intergeneracionales, los proyectos de innovación social o las iniciativas de aprendizaje compartido pueden convertirse en laboratorios de regeneración social a partir de la diversidad etaria.

También es importante destacar el papel de las personas mayores como **protagonistas del cuidado y la vida comunitaria**. A menudo reducidas al rol de receptoras de atención, millones de personas mayores ejercen cotidianamente tareas de cuidado informal —de nietos, personas dependientes o con discapacidad—, sostienen redes familiares y participan activamente en organizaciones vecinales, parroquias, voluntariados y movimientos sociales. Su contribución, aunque invisibilizada en las estadísticas convencionales, es esencial para el funcionamiento de los sistemas de bienestar y la reproducción cotidiana de la vida. Reconocer, valorar y apoyar estas prácticas implica reconfigurar el imaginario sobre la vejez y asumir que el envejecimiento también puede ser un **tiempo de agencia, compromiso y solidaridad**.

Otra dimensión clave es la de la **innovación institucional y territorial**. Las sociedades que envejecen están experimentando una serie de transformaciones que afectan la forma en que se diseñan las ciudades, se distribuyen los recursos, se planifican los servicios públicos y se definen las prioridades colectivas. En este sentido, el envejecimiento puede actuar como **catalizador de nuevas formas de gobernanza**, más inclusivas, participativas y centradas en la vida cotidiana. Experiencias como las “ciudades amigables con las personas mayores”, los sistemas locales de cuidados, las políticas de accesibilidad universal o los presupuestos sensibles a la edad representan

ejemplos concretos de cómo una sociedad longeva puede reorganizarse en función del bienestar intergeneracional.

Finalmente, el envejecimiento también abre un horizonte de **reflexión filosófica y cultural**. En un mundo dominado por la aceleración, la hiperproductividad y el consumo inmediato, la longevidad invita a repensar el tiempo, el valor de la experiencia, la importancia de los vínculos duraderos y el sentido del vivir. La vejez puede ser concebida no solo como un reto biológico o económico, sino como una **etapa vital rica en aprendizajes, introspección, creatividad y posibilidad de legado**. Fomentar una cultura que reconozca este valor simbólico, y que promueva representaciones plurales y dignas del envejecimiento, puede contribuir a una transformación profunda de los valores que sostienen nuestras sociedades.

En definitiva, una sociedad longeva no es, por sí misma, ni mejor ni peor: es distinta. Su potencial dependerá de nuestra capacidad colectiva para leer sus signos, superar los prejuicios heredados y **convertir la longevidad en un motor de innovación social, justicia y sentido compartido**. En lugar de resignarnos al impacto del envejecimiento, estamos ante la posibilidad histórica de convertirlo en una plataforma para repensar los fundamentos del bienestar y construir un futuro más humano, cuidadoso y plural.

## Innovación social frente al envejecimiento

La aceleración del envejecimiento poblacional ha puesto en evidencia los límites de los modelos tradicionales de protección social, cuidado, participación y desarrollo económico. Frente a esta situación, la **innovación social** se presenta como una vía estratégica para generar respuestas creativas, sostenibles y centradas en las personas, capaces de transformar tanto las políticas públicas como las prácticas comunitarias y los imaginarios culturales vinculados a la vejez. Más allá de la tecnología o los recursos económicos, la innovación social se define por su capacidad de **reconfigurar relaciones, instituciones y sentidos colectivos**, impulsando nuevas formas de habitar la longevidad.

A diferencia de las soluciones puramente técnicas o de mercado, la innovación social se orienta a resolver **problemas sociales complejos** mediante procesos participativos, inclusivos y cooperativos. En el campo del envejecimiento, esto implica la creación de servicios, modelos organizativos, plataformas de colaboración, redes comunitarias y marcos normativos que promuevan la autonomía, la dignidad y la equidad de las personas mayores, al tiempo que fortalecen la cohesión intergeneracional. Lejos de actuar de forma marginal, estas iniciativas pueden convertirse en **vectores de transformación sistémica**, articulando saberes diversos, alianzas multiactorales y formas no convencionales de producción y reproducción del bienestar.

Una de las áreas más fértiles de la innovación social frente al envejecimiento es la del **cuidado comunitario y colaborativo**. Frente a la crisis de los sistemas formales e informales de cuidados, han surgido experiencias como cooperativas de cuidado gestionadas por personas mayores, bancos de tiempo intergeneracionales, redes vecinales de apoyo mutuo, programas de acompañamiento voluntario, plataformas digitales de cuidados entre pares o modelos de cohousing en los que conviven personas de distintas edades y niveles de autonomía. Estas iniciativas no solo amplían las opciones disponibles para las personas mayores, sino que también proponen una nueva ética del cuidado, basada en la reciprocidad, la horizontalidad y el compromiso territorial.

Otra línea de innovación social relevante es la **participación política y ciudadana de las personas mayores**. La creación de consejos de mayores a nivel local, espacios de deliberación intergeneracional, presupuestos participativos sensibles a la edad, observatorios ciudadanos de la longevidad y movimientos sociales que promueven los derechos de las personas mayores son expresiones de una ciudadanía activa que desafía los estereotipos de pasividad o dependencia. Estas experiencias no solo fortalecen la democracia, sino que permiten visibilizar demandas específicas, generar conocimiento situado y proponer políticas públicas más pertinentes, equitativas y eficaces.

En el ámbito cultural y educativo, la innovación social también se manifiesta en proyectos que buscan **resignificar la vejez** y promover narrativas alternativas sobre el envejecimiento. Festivales culturales protagonizados por personas mayores, laboratorios de creación artística intergeneracional, medios comunitarios gestionados por adultos mayores, talleres de alfabetización digital con enfoque social, y programas educativos centrados en la memoria, el legado y la transmisión de saberes constituyen ejemplos de cómo la cultura puede convertirse en una herramienta poderosa para transformar representaciones y fortalecer el tejido social.

Asimismo, en un mundo crecientemente digitalizado, la innovación social también implica repensar las **tecnologías desde una perspectiva gerontológica**. Esto no se limita al desarrollo de soluciones técnicas para personas mayores, sino que abarca la creación de entornos digitales más accesibles, el uso de plataformas colaborativas para la gestión comunitaria de servicios, y la promoción del protagonismo digital de las personas mayores en redes sociales, espacios de formación o proyectos de innovación cívica. Integrar la dimensión tecnológica a procesos de innovación social implica, por tanto, no solo adaptar dispositivos, sino **ampliar capacidades, derechos y posibilidades de acción**.

Para que estas iniciativas puedan escalar, sostenerse y tener impacto a largo plazo, es fundamental contar con **ecosistemas de apoyo a la innovación social** que incluyan marcos legales favorables, financiamiento estable, redes de aprendizaje, formación específica y espacios de articulación entre sectores público, privado y comunitario. Las universidades, los gobiernos locales, las fundaciones, las empresas sociales y las organizaciones de la sociedad civil juegan un papel clave en la creación de estos entornos habilitantes.

En suma, la innovación social frente al envejecimiento no es un lujo ni un complemento, sino una **necesidad estructural** para garantizar la inclusión, la justicia y la sostenibilidad en sociedades que envejecen. Apostar por ella significa reconocer que las soluciones del pasado ya no bastan para los desafíos del presente, y que la longevidad, lejos de ser un obstáculo, puede convertirse en un **motor de creatividad colectiva y reinención democrática**. Frente a un futuro incierto, la innovación social ofrece una brújula ética y práctica para construir una sociedad en la que envejecer no sea un privilegio, sino una experiencia digna, activa y compartida.

# Estudios de caso

## Japón: longevidad, crisis laboral y robótica



Japón representa uno de los casos paradigmáticos del envejecimiento poblacional en el siglo XXI. Con más del **29% de su población mayor de 65 años** y una mediana de edad que supera los **48 años**, el país nipón encarna la punta de lanza de una transformación demográfica que pronto alcanzará a otras naciones del mundo. Esta situación, producto de una combinación de factores como la baja tasa de fecundidad, la alta esperanza de vida (superior a los 84 años) y una escasa inmigración, ha convertido a Japón en un laboratorio vivo de políticas públicas, innovación tecnológica y transformación socioeconómica ante la longevidad.

Uno de los aspectos más destacados del caso japonés es su capacidad de **anticipación institucional**. A diferencia de otros países que han reaccionado tardíamente al envejecimiento, Japón ha implementado desde hace décadas una serie de políticas orientadas a reorganizar su modelo de bienestar y adaptar sus estructuras económicas y sociales a una sociedad en progresiva contracción demográfica. Sin embargo, el proceso no ha estado exento de tensiones, contradicciones y desafíos persistentes, especialmente en relación con el mercado laboral, el sistema de cuidados y el equilibrio intergeneracional.

El envejecimiento de la población ha provocado una **crisis estructural en el mercado de trabajo**, marcada por la escasez de mano de obra en sectores clave como el cuidado, la agricultura, la construcción y los servicios. Frente a la reticencia histórica a abrir ampliamente sus fronteras a la inmigración, el Estado japonés ha optado por estrategias alternativas como la prolongación de la vida laboral (fomentando la

jubilación activa y la contratación de trabajadores mayores) y, sobre todo, por una **intensa inversión en automatización y robótica**. Japón es uno de los líderes mundiales en robótica aplicada al ámbito laboral, con desarrollos que van desde asistentes personales y robots de apoyo físico, hasta sistemas de automatización de tareas en fábricas, hospitales y residencias de cuidado.

En el ámbito del cuidado, la combinación entre escasez de trabajadores, aumento de la dependencia funcional y demanda social de servicios personalizados ha impulsado una **innovación tecnológica de gran escala**. Robots como **Pepper, Paro o Robear**, diseñados para brindar compañía, asistencia física y apoyo emocional a personas mayores, han sido implementados en hogares y centros de cuidado, complementando el trabajo humano y ofreciendo nuevas formas de interacción. Si bien estas tecnologías no sustituyen del todo el valor relacional del cuidado, permiten aliviar la carga de trabajo, mejorar la eficiencia y ampliar la autonomía de los usuarios, especialmente en contextos con baja disponibilidad de cuidadores.



Japón también ha sido pionero en el desarrollo de **ciudades y comunidades amigables con las personas mayores**. Desde el diseño de viviendas inteligentes hasta la planificación urbana inclusiva, el país ha desplegado políticas territoriales orientadas a favorecer la movilidad, la seguridad y el acceso a servicios básicos para su población longeva. La red de transporte público ha sido adaptada con accesos universales, mientras que numerosos barrios han implementado redes de apoyo comunitario, comercios adaptados, y servicios de salud integrados. Estas acciones forman parte de una estrategia más amplia, conocida como **“Sociedad de la longevidad saludable”**, que busca articular bienestar, desarrollo económico y sostenibilidad en un entorno demográficamente envejecido.

No obstante, persisten desafíos importantes. La **presión sobre el sistema de pensiones y salud**, el aumento del número de personas mayores que viven solas, la expansión de la dependencia sin una red de cuidados familiares sólida, y la aparición de fenómenos como el “**kōreisha koritsu**” (aislamiento de ancianos) muestran que el envejecimiento en Japón, pese a su capacidad institucional, también produce nuevas formas de vulnerabilidad. Asimismo, se ha documentado un crecimiento en las tasas de delitos menores cometidos por personas mayores —especialmente hurtos—, interpretado por algunos expertos como una forma extrema de búsqueda de atención o de acceso a estructuras básicas como la alimentación y la vivienda.

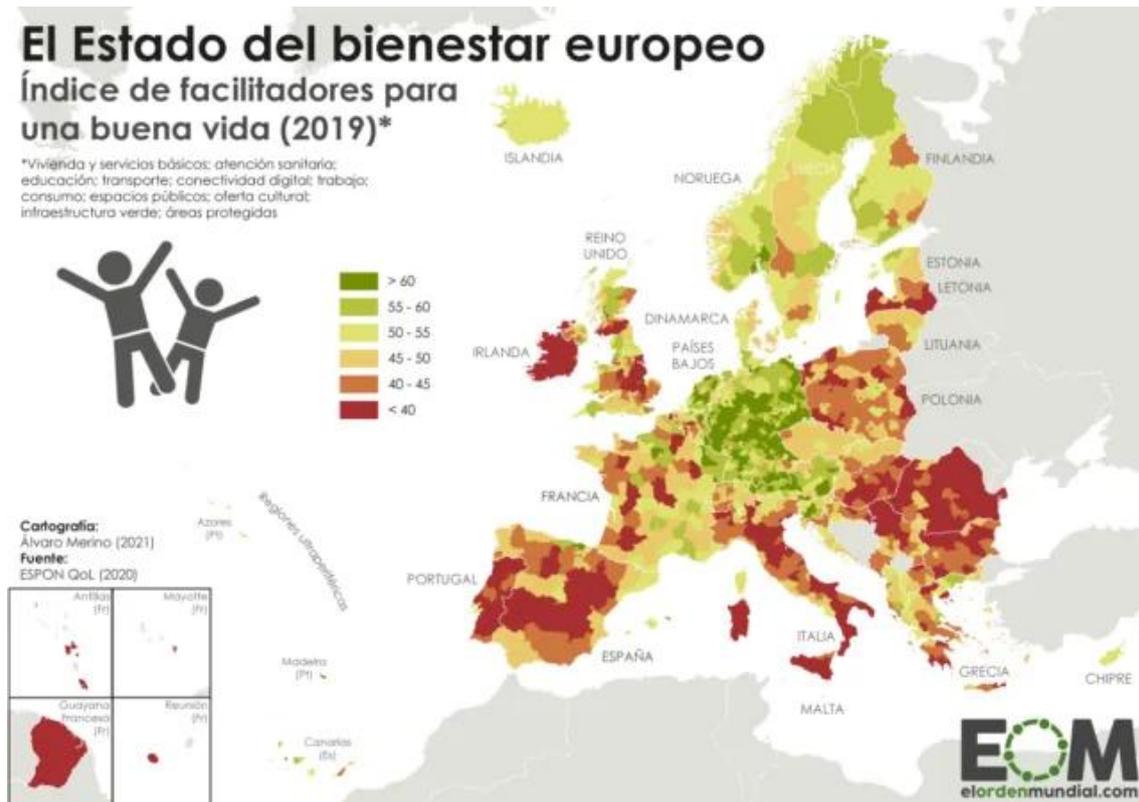
En síntesis, el caso japonés ofrece una visión compleja y rica de lo que significa envejecer en una sociedad avanzada. Lejos de limitarse a una respuesta técnica, el modelo japonés combina **tecnología, planificación y transformación social**, reconociendo que la longevidad requiere no solo ajustes económicos, sino también una reinención cultural del envejecimiento. A medida que otras sociedades se aproximan a situaciones demográficas similares, la experiencia de Japón se vuelve una fuente ineludible de aprendizaje, no para ser replicada mecánicamente, sino para inspirar modelos adaptados, inclusivos y sostenibles de convivencia en la era de la longevidad.

## **Europa occidental: envejecimiento acelerado y estado del bienestar**

Europa occidental constituye una de las regiones del mundo más avanzadas en términos de transición demográfica. Países como **Alemania, Italia, Francia, España, los Países Bajos o Suecia** presentan desde hace décadas tasas de fecundidad por debajo del nivel de reemplazo generacional, junto con altos niveles de esperanza de vida y una creciente proporción de población mayor. En varios de estos países, las personas mayores de 65 años ya superan el 20% del total, y se espera que esta cifra alcance entre el 28% y el 35% hacia 2050. Esta transformación demográfica se produce en un contexto histórico particular: el de una región con **una fuerte tradición de Estado del bienestar**, que hoy enfrenta el desafío de sostener su modelo social en condiciones profundamente diferentes a las que lo vieron nacer.

El modelo europeo de bienestar, construido durante el siglo XX sobre la base de economías industriales expansivas y poblaciones jóvenes, ha sido uno de los pilares de la cohesión social y la equidad en la región. Sin embargo, el envejecimiento acelerado ha puesto en tensión la viabilidad de sus principales componentes: los **sistemas de pensiones, salud y cuidados**. En muchos países, el aumento en el número de beneficiarios, junto con la disminución del número de contribuyentes activos, ha generado presiones financieras que han derivado en reformas estructurales, algunas orientadas a la sostenibilidad y otras más restrictivas en términos de derechos.

En el ámbito de las pensiones, las reformas han incluido la **elevación de la edad de jubilación**, el aumento del período mínimo de cotización, la reducción del monto de las prestaciones futuras y la promoción de sistemas de capitalización complementarios. Si bien estas medidas han contribuido a estabilizar las finanzas públicas en el corto plazo, también han generado desigualdades, especialmente entre quienes han tenido trayectorias laborales inestables o marcadas por la informalidad, como muchas mujeres y migrantes. En este marco, se ha reabierto el debate sobre la necesidad de **reformas estructurales basadas en principios de equidad y solidaridad intergeneracional**.



En materia de salud y cuidados, la situación es igualmente desafiante. El envejecimiento ha incrementado la demanda de servicios sanitarios complejos y de **cuidados de larga duración**, especialmente en enfermedades crónicas y condiciones de dependencia funcional. Si bien los sistemas europeos cuentan con infraestructura y cobertura relativamente amplias, la segmentación, la escasez de profesionales especializados, la presión sobre los cuidadores informales y la desigual distribución territorial siguen siendo problemáticas persistentes. Frente a ello, varios países han avanzado en la creación de **sistemas integrados de atención socio sanitaria**, programas de cuidados domiciliarios y comunitarios, e incentivos a la profesionalización del trabajo de cuidado.

Una característica distintiva del caso europeo es la **diversidad de respuestas institucionales** frente al envejecimiento, influenciada por las diferencias en los regímenes de bienestar (socialdemócrata, liberal, conservador-corporativo, mediterráneo) y por las trayectorias políticas e históricas de cada país. Por ejemplo, mientras países como Suecia o Dinamarca han desarrollado modelos universales de

cuidado con fuerte presencia del Estado y servicios públicos de alta calidad, otros como Italia o España siguen dependiendo en gran medida del **cuidado familiar no remunerado**, aunque con importantes esfuerzos recientes hacia una mayor formalización y cobertura.

En el plano urbano y territorial, muchos países han comenzado a implementar políticas orientadas a promover entornos **amigables con las personas mayores**, en línea con las recomendaciones de la OMS. Estas políticas incluyen adaptación del transporte público, rediseño del espacio público, accesibilidad a la vivienda, participación comunitaria y planificación de barrios intergeneracionales. No obstante, persisten grandes desigualdades entre zonas rurales y urbanas, y entre centros urbanos desarrollados y periferias vulnerables, lo que plantea el reto de territorializar las políticas del envejecimiento con criterios de equidad.

Por otro lado, el **envejecimiento también ha impulsado oportunidades** en términos de innovación social, economía plateada y participación ciudadana. La emergencia de iniciativas comunitarias, cooperativas de cuidados, redes de voluntariado, programas de educación permanente, actividades culturales inclusivas y plataformas digitales adaptadas a la población mayor muestran una creciente vitalidad en el tejido social, capaz de generar respuestas alternativas a la institucionalización del envejecimiento. Estas experiencias contribuyen a resignificar la vejez como una etapa activa y valiosa, y a consolidar nuevas formas de ciudadanía en la longevidad.

En síntesis, Europa occidental representa una **zona avanzada del envejecimiento**, donde los dilemas de sostenibilidad, equidad y calidad de vida en la vejez están siendo enfrentados con distintos grados de éxito. Aunque el modelo de Estado del bienestar sigue siendo un referente mundial en protección social, su adaptación a las nuevas condiciones demográficas requiere transformaciones profundas, que integren perspectiva intergeneracional, innovación institucional, políticas territoriales integradas y una renovada narrativa cultural sobre el envejecimiento. La experiencia europea ofrece, así, lecciones clave tanto sobre las potencialidades como sobre las tensiones que conlleva construir sociedades justas y resilientes en tiempos de longevidad.

## **América Latina: envejecimiento sin riqueza**

América Latina atraviesa un proceso de envejecimiento poblacional que, aunque más reciente que en otras regiones como Europa o Asia oriental, avanza a un ritmo acelerado y plantea **desafíos singulares y profundos**. La región, caracterizada históricamente por su estructura demográfica joven, ha experimentado en las últimas décadas un descenso sostenido en las tasas de fecundidad y un aumento notable en la esperanza de vida. Según la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), la proporción de personas mayores de 60 años pasará del **13% actual a más del**

25% en 2050, y superará el 30% hacia finales del siglo XXI. Este proceso ocurre en un contexto económico y social marcado por la desigualdad, la precariedad laboral y la limitada capacidad de los Estados para garantizar derechos universales, configurando lo que muchos analistas han denominado un escenario de “envejecimiento sin riqueza”.

Mapa I.1

América Latina y el Caribe (países y ciudades seleccionadas): población de 60 años y más, 2010-2020  
(En porcentajes)



Fuente: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), Distribución Espacial de la Población y Urbanización en América Latina y el Caribe (DEPUALC), 2022 [base de datos en línea] <https://celade.cepal.org/bdcelade/depualc/>.

A diferencia de las regiones que comenzaron a envejecer tras haber alcanzado altos niveles de desarrollo económico, cobertura sanitaria y protección social, en América Latina la transición demográfica se produce de manera **temprana, rápida y desigual**, sin que las bases del Estado de bienestar estén plenamente consolidadas. Esta brecha entre envejecimiento y desarrollo genera un conjunto de tensiones acumulativas: sistemas de pensiones fragmentados e insuficientes, redes de cuidados informalizadas y feminizadas, escaso acceso a servicios de salud especializados, y altos niveles de pobreza y exclusión entre la población mayor.

El **sistema previsional** es uno de los principales puntos críticos en la región. La alta informalidad laboral —que en algunos países supera el 60%— limita el acceso a pensiones contributivas, lo que deja a millones de personas mayores sin ingresos suficientes o directamente excluidas del sistema. Aunque en las últimas décadas se han implementado **programas de pensiones no contributivas** o transferencias monetarias dirigidas a adultos mayores en situación de vulnerabilidad (como “Pensión 65” en Perú,

“Colombia Mayor” o “Adulto Mayor” en Bolivia y México), estas prestaciones suelen ser de bajo monto y no alcanzan a cubrir el costo de una vejez digna. Además, el enfoque asistencialista de muchas de estas políticas reproduce una imagen pasiva de las personas mayores y no las integra plenamente como sujetos de derechos.

En el ámbito de la **salud**, el envejecimiento ha incrementado la demanda de atención médica especializada en enfermedades crónicas, cuidados paliativos, rehabilitación funcional y salud mental. Sin embargo, la oferta pública es limitada y altamente desigual entre territorios y estratos sociales. La segmentación de los sistemas de salud —entre subsistemas públicos, privados y de seguridad social— reproduce inequidades históricas y dificulta el acceso universal a servicios de calidad. La atención a la dependencia, por su parte, permanece en gran medida **invisibilizada** en las políticas públicas, recayendo casi exclusivamente en el ámbito doméstico, a cargo de mujeres sin apoyo económico ni reconocimiento institucional.

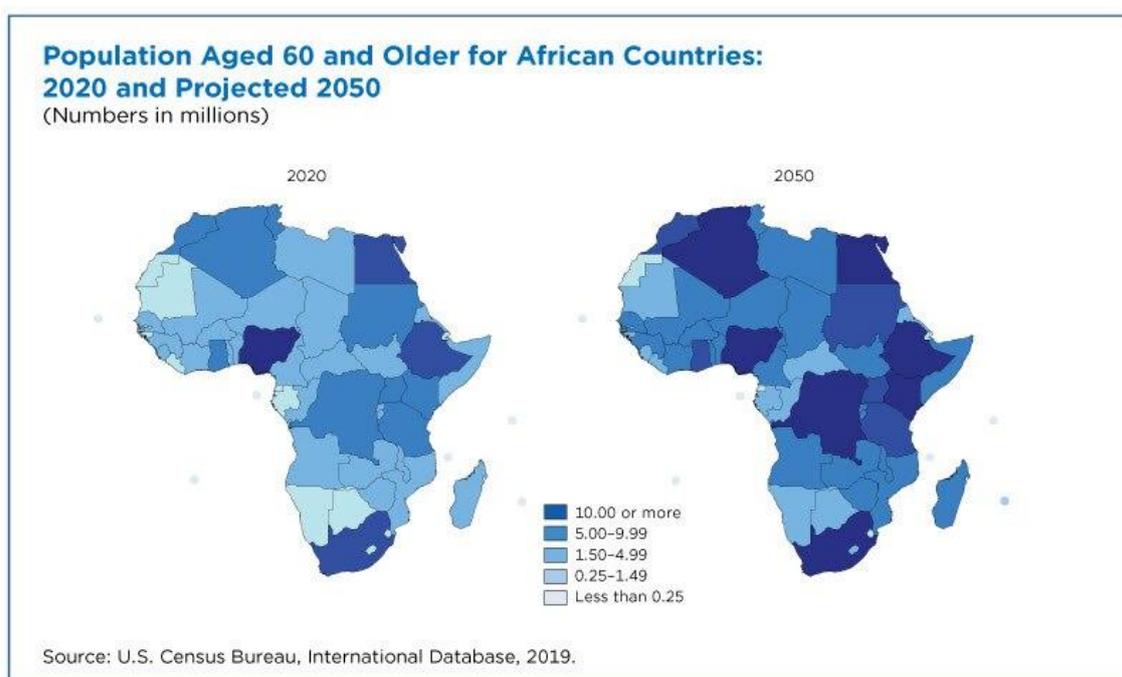
A pesar de este escenario, la región también muestra **signos emergentes de innovación social** y movilización ciudadana frente al envejecimiento. Se han desarrollado redes de adultos mayores organizados, experiencias de participación comunitaria, programas de envejecimiento activo, universidades de la tercera edad, cooperativas de cuidado y estrategias de salud comunitaria que, aunque aún incipientes, señalan caminos posibles hacia una mayor inclusión. Algunos gobiernos locales, como los de Montevideo, Medellín o Ciudad de México, han impulsado políticas urbanas más sensibles a las personas mayores, incorporando el enfoque de “ciudades amigables” o creando oficinas especializadas en envejecimiento.

Asimismo, se ha comenzado a dar mayor visibilidad al debate sobre los **derechos de las personas mayores**, en parte impulsado por la **Convención Interamericana sobre la Protección de los Derechos Humanos de las Personas Mayores** (2015), que establece un marco normativo regional para garantizar el envejecimiento con dignidad, autonomía y sin discriminación. Este instrumento jurídico ha sido ratificado por un número creciente de países y representa una oportunidad para fortalecer los marcos legales e institucionales en la región.

En definitiva, América Latina enfrenta un escenario de **alta complejidad y vulnerabilidad frente al envejecimiento**, pero también de posibilidad. La clave para evitar un colapso social en las próximas décadas reside en la capacidad de **anticipar el impacto del cambio demográfico**, fortalecer los sistemas de protección social con enfoque universal, redistribuir los recursos públicos con criterios de equidad intergeneracional y territorial, e impulsar una nueva narrativa sobre la vejez, que la conciba como una etapa activa, productiva y políticamente relevante. Superar el “envejecimiento sin riqueza” no será posible sin transformar al mismo tiempo los **modelos de desarrollo, de cuidado y de ciudadanía** en la región.

## África y el doble reto: juventud creciente y cuidado de mayores

África subsahariana representa un caso demográfico notable por su estructura poblacional eminentemente joven. Con una mediana de edad inferior a los 20 años en muchos países, y con proyecciones que indican que hacia 2050 el continente concentrará más del 25% de la población mundial, África se enfrenta al reto de gestionar el llamado **bono demográfico**, es decir, la posibilidad de capitalizar su gran número de jóvenes para el desarrollo económico. Sin embargo, en paralelo, el continente también está experimentando —aunque de manera más silenciosa— una **transición hacia el envejecimiento**, lo que genera una tensión particular entre dos procesos simultáneos: la expansión de la juventud y el crecimiento de la población mayor.



A pesar de que la proporción de personas mayores de 60 años en África sigue siendo baja en comparación con otras regiones (alrededor del 5%), se prevé que esta cifra **se triplicará para 2050**, alcanzando cerca de **200 millones de personas mayores**. Este crecimiento se da en un contexto caracterizado por **débil institucionalidad, fragmentación de los sistemas de salud y protección social, alta pobreza estructural, e insuficiente cobertura de servicios básicos**, lo que hace que la preparación institucional para afrontar el envejecimiento sea extremadamente limitada. Además, las políticas públicas suelen estar fuertemente orientadas a la juventud, dejando en un segundo plano las necesidades y derechos de la población mayor.

Uno de los principales desafíos en este contexto es el **cuidado de las personas mayores**, que en muchas sociedades africanas ha sido tradicionalmente asumido por las familias extensas, dentro de estructuras comunitarias sólidas. No obstante, la migración rural-urbana, el aumento de los hogares nucleares, la feminización del empleo y la presión económica sobre las familias están debilitando este modelo informal, dando lugar a situaciones de abandono, soledad o desatención de las personas mayores. En zonas urbanas, en particular, se observa un **vacío institucional creciente** en el ámbito del cuidado, sin alternativas públicas ni privadas que puedan compensar la erosión de los lazos tradicionales.

Otro aspecto crítico es la **ausencia de sistemas previsionales sólidos**. En la mayoría de los países africanos, la cobertura de pensiones se limita a una minoría de trabajadores formales, mientras que la gran mayoría de la población, que se emplea en el sector informal o en la agricultura de subsistencia, carece de cualquier tipo de ingreso en la vejez. Si bien algunos países han comenzado a implementar esquemas de protección social no contributiva, como transferencias monetarias para personas mayores en situación de pobreza, estas medidas siguen siendo limitadas en escala y cobertura. La falta de ingresos regulares no solo expone a las personas mayores a la vulnerabilidad económica, sino que **afecta su capacidad de participar activamente en la vida social y comunitaria**.

En el plano sanitario, el envejecimiento viene acompañado de un aumento de enfermedades crónicas no transmisibles, como diabetes, hipertensión o afecciones cardiovasculares, que requieren atención médica continua y especializada. Sin embargo, los sistemas de salud de muchos países africanos aún están enfocados en la atención de enfermedades infecciosas y en la reducción de la mortalidad infantil y materna, por lo que no están preparados para **enfrentar el perfil epidemiológico que acompaña al envejecimiento**. La falta de servicios geriátricos, de profesionales especializados y de infraestructura adaptada agrava la situación, sobre todo en zonas rurales o marginales.

Pese a estos desafíos, en varios países africanos comienzan a emerger **iniciativas comunitarias innovadoras** en torno al envejecimiento. Redes informales de apoyo mutuo, asociaciones de personas mayores, sistemas de cuidado solidario organizados por iglesias u organizaciones de base, y programas de alfabetización o emprendimiento en la vejez son ejemplos de cómo las comunidades están tratando de responder, con recursos limitados pero con creatividad y compromiso, al crecimiento de la población mayor. Estas experiencias, aunque aún frágiles, constituyen un **capital social clave** sobre el que podría construirse una política pública de envejecimiento más robusta y pertinente culturalmente.

En este contexto, África enfrenta un **doble reto estratégico**: gestionar el bono demográfico juvenil y, al mismo tiempo, construir una arquitectura social que acompañe el envejecimiento con dignidad, justicia y sostenibilidad. Esta tarea exige anticipación, inversión pública, cooperación internacional y un cambio de paradigma en la forma en que se conciben las políticas sociales. Reconocer que el envejecimiento ya no es un

fenómeno exclusivo del Norte global, sino una realidad en expansión en el Sur, es el primer paso para evitar que se consolide una vejez marcada por la exclusión y para avanzar hacia una **longevidad con derechos en el continente africano**.

## Ciudades longevas: políticas urbanas y locales ejemplares



En un mundo cada vez más urbanizado y envejecido, las **ciudades han emergido como actores clave en la gestión del envejecimiento poblacional**. A medida que las personas mayores se concentran en entornos urbanos —donde se espera que vivan más del 70% de los adultos mayores hacia 2050—, las políticas locales se convierten en el primer nivel de respuesta ante las transformaciones demográficas. Frente a los desafíos estructurales que plantea el envejecimiento —movilidad, cuidados, salud, participación, vivienda— algunas ciudades han adoptado enfoques proactivos e innovadores, convirtiéndose en **referentes globales** en la construcción de entornos urbanos amigables con la vejez.

La iniciativa “**Ciudades y comunidades amigables con las personas mayores**”, promovida por la Organización Mundial de la Salud desde 2007, ha sido una de las plataformas más importantes en este proceso. Esta red, que actualmente incluye más de 1.300 ciudades y comunidades en más de 40 países, propone un marco integral que abarca dimensiones como el transporte, el espacio público, la vivienda, la participación cívica, el acceso a la información, los servicios sociales y la inclusión digital. Su enfoque parte de la idea de que **una ciudad amigable con las personas mayores lo es también con todas las edades**, al priorizar el diseño universal, la convivencia intergeneracional y el acceso equitativo a bienes y servicios.

Entre las experiencias más destacadas se encuentra **Barcelona**, que ha desarrollado desde el gobierno municipal un ambicioso **plan de acción para la promoción del envejecimiento activo**. Este plan incluye políticas de vivienda con servicios, atención domiciliaria integral, teleasistencia avanzada, red de espacios comunitarios para personas mayores, programas de envejecimiento saludable y acciones específicas contra la soledad no deseada. Además, la ciudad ha fomentado la participación ciudadana a través de consejos de personas mayores y procesos participativos para definir las prioridades de las políticas públicas.

Otro caso paradigmático es el de **Manchester**, en el Reino Unido, reconocida como la primera "ciudad amiga de las personas mayores" en ese país. Desde principios de los años 2000, Manchester ha promovido un enfoque transversal del envejecimiento, integrando la dimensión etaria en todas sus políticas locales. La ciudad ha invertido en **cohesión intergeneracional**, empleabilidad de adultos mayores, movilidad accesible y desarrollo de barrios inclusivos. Además, ha establecido alianzas con universidades y organizaciones comunitarias para generar evidencia, evaluar impactos y formar a los profesionales municipales en gerontología urbana.

En América Latina, **Ciudad de México** ha sido pionera en la incorporación del enfoque de envejecimiento en el ámbito urbano. La ciudad ha implementado un **Instituto para el Envejecimiento Digno**, ha desarrollado programas de transferencias monetarias universales para personas mayores, espacios de recreación y cultura, y una red de atención domiciliaria para quienes viven en condiciones de dependencia. Estas políticas, aunque aún enfrentan limitaciones en cobertura y calidad, representan avances significativos en el reconocimiento del envejecimiento como una prioridad local.

En Asia, **Singapur** ha impulsado una visión futurista del envejecimiento urbano, integrando la tecnología, la planificación territorial y la innovación social. El programa "**Smart Nation for Seniors**" busca transformar la experiencia del envejecimiento a través de tecnologías asistivas, viviendas inteligentes, plataformas digitales para la salud y el bienestar, y redes comunitarias de apoyo. Además, el país ha invertido en la transformación de barrios enteros en "**entornos integrados de cuidado**", donde conviven residencias, centros médicos, espacios públicos y servicios sociales orientados a las necesidades de la población mayor.

Estos casos muestran que, si bien el envejecimiento plantea desafíos complejos, también ofrece **una oportunidad única para repensar el modelo de ciudad**, con foco en la inclusión, la proximidad y la sostenibilidad. Las ciudades que han liderado este proceso comparten algunos rasgos comunes: visión estratégica a largo plazo, liderazgo político comprometido, participación ciudadana activa, integración intersectorial y uso inteligente de los recursos locales.

No obstante, es importante reconocer que muchas ciudades aún no han incorporado el envejecimiento en sus agendas urbanas. Persisten barreras como la falta de información desagregada por edad, la escasa formación técnica en urbanismo gerontológico, la fragmentación de competencias y la limitada articulación entre los

niveles de gobierno. Por ello, el desafío futuro consiste en **escalar estas buenas prácticas**, adaptarlas a contextos diversos, y consolidar una **agenda urbana global que sitúe a las personas mayores como actores centrales del derecho a la ciudad**.

En definitiva, las ciudades longevas no son una utopía ni una excepción. Son **el resultado de decisiones públicas deliberadas**, de políticas sensibles al ciclo de vida y de comunidades que entienden el envejecimiento no como un problema a gestionar, sino como **una oportunidad para construir entornos más humanos, cuidadosos y equitativos para todas las generaciones**.

# Conclusiones y recomendaciones

## Síntesis de hallazgos



El envejecimiento poblacional, lejos de ser un fenómeno marginal o meramente estadístico, constituye uno de los procesos más significativos y transformadores del siglo XXI. A lo largo de este dossier, se ha evidenciado que estamos frente a una **transición demográfica estructural**, con impactos multidimensionales que afectan de manera directa las bases económicas, sociales, culturales y políticas de las sociedades contemporáneas. Esta transformación no ocurre de manera homogénea ni con los mismos niveles de preparación institucional, lo que genera **asimetrías territoriales y desigualdades acumuladas** que requieren ser abordadas con urgencia, planificación y visión de largo plazo.

Desde el punto de vista **demográfico**, se ha mostrado cómo la combinación de baja fecundidad, aumento de la esperanza de vida y transformación de las estructuras familiares ha dado lugar a una creciente proporción de personas mayores en todas las regiones del mundo, con proyecciones que indican una aceleración sostenida de este proceso hacia 2050 y 2100. Este cambio implica una inversión en la pirámide poblacional tradicional, alterando los equilibrios entre población activa y dependiente, y exigiendo una reconfiguración profunda del contrato social.

En el plano **económico**, el envejecimiento presenta desafíos importantes, especialmente en relación con la sostenibilidad de los sistemas de pensiones y salud, la adaptación del mercado laboral, la reorganización de los patrones de consumo y la necesidad de incorporar a las personas mayores en nuevas dinámicas productivas. Sin embargo, también se evidencian oportunidades emergentes, como el crecimiento de la economía plateada, el desarrollo de tecnologías adaptadas, la extensión de la vida laboral y el fortalecimiento de sectores como los cuidados, la salud y la formación continua.

A nivel **social y cultural**, se ha destacado el impacto del envejecimiento en la transformación de los vínculos familiares, las relaciones intergeneracionales, los modelos de cuidado y las representaciones simbólicas de la vejez. Problemas como la soledad, el edadismo o la desvalorización de las personas mayores conviven con experiencias de envejecimiento activo, participación social y movilización ciudadana. En este sentido, el envejecimiento puede ser tanto una fuente de exclusión como una oportunidad para **redefinir el valor social de la longevidad**, siempre que exista un entorno institucional y cultural que lo permita.

En términos de **políticas públicas**, los casos analizados muestran que existen respuestas viables, diversas y en muchos casos innovadoras para enfrentar el envejecimiento de manera justa, sostenible y participativa. Desde reformas en los sistemas de protección social y pensiones, hasta políticas de urbanismo amigable, educación a lo largo de la vida, atención comunitaria a la dependencia y gobernanza territorial, las experiencias revisadas dan cuenta de que es posible construir sociedades longevas que no solo gestionen el envejecimiento, sino que lo incorporen como un **factor estratégico de desarrollo**.

Finalmente, desde una perspectiva **prospectiva**, se ha subrayado que el futuro del envejecimiento no está escrito de antemano. Frente a escenarios de crisis, adaptación o renovación, las decisiones políticas, los pactos intergeneracionales, la capacidad de innovación social y el compromiso colectivo serán los elementos que definan si la longevidad se traduce en mayor bienestar, mayor equidad y mayor humanidad, o si por el contrario, se convierte en un factor de exclusión y fragmentación.

En suma, el envejecimiento poblacional no es únicamente un reto cuantitativo, sino una **interpelación profunda a los modelos de sociedad contemporáneos**. Aceptar este desafío implica repensar las nociones de tiempo, productividad, cuidado, ciudadanía y justicia. Y hacerlo desde un enfoque de derechos, de solidaridad y de inteligencia colectiva.

## Riesgos y oportunidades clave

El envejecimiento poblacional constituye un fenómeno ambivalente que, según cómo sea gestionado, puede derivar en crisis estructurales o en procesos de renovación social. Esta ambivalencia requiere una **lectura crítica y estratégica** que permita identificar con claridad tanto los **riesgos latentes** como las **oportunidades transformadoras** que ofrece la transición demográfica en curso. En esta sección se sintetizan los principales focos de atención que deberán guiar las políticas públicas, la acción social y la reflexión ética en los próximos años.

### Riesgos clave

Uno de los riesgos más evidentes es el de **la insostenibilidad fiscal de los sistemas de protección social**, especialmente los de pensiones y salud. En ausencia de reformas integrales y equitativas, la presión sobre las finanzas públicas puede derivar en políticas de ajuste que debiliten los derechos sociales, profundicen las desigualdades y generen tensiones intergeneracionales. Este riesgo es particularmente alto en contextos de informalidad laboral, baja productividad y escasa recaudación tributaria progresiva.

Un segundo riesgo importante es la **reproducción de modelos asistencialistas y medicalizados de la vejez**, que reducen a las personas mayores a sujetos pasivos, enfermos o dependientes. Este enfoque no solo perpetúa estereotipos negativos, sino que limita la capacidad de agencia y participación de las personas mayores, obstaculizando la construcción de una ciudadanía plena en la vejez.

El **edadismo estructural** es otro factor de riesgo central. La discriminación por edad, tanto en el acceso al empleo como en los servicios de salud, educación, cultura o participación política, puede consolidar una exclusión silenciosa y persistente, con impactos negativos en la autoestima, la salud mental y el vínculo social de millones de personas mayores. Además, el edadismo dificulta la formulación de políticas justas y adaptadas, al naturalizar el desinterés institucional hacia este grupo etario.

En términos territoriales, existe el riesgo de que el envejecimiento profundice las **desigualdades geográficas**, especialmente entre zonas urbanas dinámicas y regiones rurales o periféricas en proceso de despoblamiento. Si no se implementan estrategias de desarrollo territorial inclusivo, muchas personas mayores quedarán aisladas en territorios sin servicios, infraestructuras ni redes de apoyo.

Finalmente, existe el peligro de un **envejecimiento excluyente en el Sur global**, donde la transición demográfica ocurre sin sistemas de bienestar sólidos. Si no se fortalecen los mecanismos de protección, estos países enfrentarán un “colapso silencioso” en sus sistemas familiares y comunitarios de cuidado, reproduciendo una vejez marcada por la pobreza, la informalidad y la invisibilidad social.

## Oportunidades clave

Frente a estos riesgos, el envejecimiento también abre múltiples **oportunidades para el desarrollo humano, la innovación social y la regeneración de los vínculos colectivos**.

En primer lugar, la creciente población mayor representa un **activo económico y social** subutilizado. Su experiencia, conocimientos, capacidad de cuidado y participación pueden convertirse en pilares clave para nuevas economías del bienestar, del cuidado y de la proximidad, especialmente en contextos que promuevan el envejecimiento activo y la ciudadanía intergeneracional.

La expansión de la **economía plateada** constituye una oportunidad para dinamizar sectores productivos en salud, vivienda, tecnología, educación, cultura y servicios personales, generando empleo y mejorando la calidad de vida a través de bienes y servicios diseñados desde la inclusión y la diversidad.

En el plano social, el envejecimiento ofrece la posibilidad de **reconfigurar el pacto intergeneracional**, avanzando hacia una redistribución más equitativa del tiempo, el trabajo y el cuidado. Esto exige un nuevo contrato social que combine justicia, sostenibilidad y reconocimiento mutuo entre generaciones.

Desde el punto de vista institucional, el desafío del envejecimiento puede impulsar la **reinversión del Estado de bienestar**, adaptándolo a las nuevas realidades demográficas y ampliando el enfoque de derechos a lo largo de todo el curso de vida. Este proceso puede reforzar la legitimidad democrática, reducir la fragmentación social y mejorar la capacidad de respuesta pública.

Finalmente, el envejecimiento nos invita a repensar **los valores y prioridades colectivas**, en un mundo marcado por la velocidad, el consumo y la competencia. La longevidad puede ser una oportunidad para revalorizar el tiempo, la empatía, el cuidado, la memoria, el legado y la convivencia, colocando la dignidad humana en el centro de los proyectos sociales.

## Recomendaciones para gobiernos, empresas y sociedad civil

Ante la magnitud y complejidad del envejecimiento poblacional, se requiere una **respuesta articulada y multisectorial**, que convoque de manera corresponsable a los Estados, al sector privado, a la sociedad civil y a las propias personas mayores como actores activos del cambio. Las siguientes recomendaciones, agrupadas por actor estratégico, sintetizan una hoja de ruta para avanzar hacia una **sociedad longeva inclusiva, justa y sostenible**.

## Para los gobiernos y sistemas públicos

1. **Diseñar políticas públicas integrales sobre envejecimiento**, que trasciendan el enfoque asistencial o sanitario y aborden el fenómeno desde una perspectiva de derechos humanos, desarrollo sostenible y equidad intergeneracional. Estas políticas deben ser intersectoriales, con participación activa de personas mayores en su diseño y evaluación.

2. **Reformar y fortalecer los sistemas de pensiones y protección social**, asegurando su sostenibilidad financiera sin comprometer los principios de equidad. Esto implica combinar pilares contributivos, no contributivos y solidarios, y ampliar la cobertura a trabajadores informales, mujeres y personas con trayectorias laborales inestables.

3. **Invertir en sistemas públicos de cuidados de larga duración**, reconociendo el cuidado como un derecho social y una infraestructura esencial. Es necesario formalizar, profesionalizar y redistribuir las tareas de cuidado entre el Estado, las familias, el mercado y la comunidad.

4. **Incorporar el enfoque gerontológico en las políticas urbanas, educativas, de salud y cultura**, promoviendo ciudades amigables, entornos accesibles, educación a lo largo de la vida, y servicios adaptados a las necesidades de las personas mayores.

5. **Combatir el edadismo institucional**, incluyendo el envejecimiento como eje transversal en las políticas públicas y desarrollando campañas de sensibilización, formación de profesionales y marcos legales contra la discriminación por edad.

6. **Producir y sistematizar datos desagregados por edad**, que permitan monitorear la situación de las personas mayores, evaluar políticas e identificar desigualdades territoriales, de género, clase o etnicidad en la vejez.

## Para el sector empresarial y productivo

1. **Reconocer el valor económico y social de las personas mayores** como consumidores, trabajadores, emprendedores, cuidadores y creadores culturales. La economía plateada debe ser una oportunidad para la innovación inclusiva, y no una estrategia de mercantilización excluyente.

2. **Fomentar la empleabilidad y la permanencia laboral de las personas mayores**, a través de entornos laborales adaptados, programas de formación continua, políticas de conciliación y eliminación de barreras por edad.

3. **Desarrollar productos y servicios con enfoque de diseño universal**, accesibles, seguros y pertinentes para todas las edades, especialmente en sectores clave como salud, vivienda, transporte, tecnología, alimentación y entretenimiento.

4. **Promover la responsabilidad social empresarial con enfoque etario**, generando alianzas con el sector público y la sociedad civil para fortalecer el bienestar y la participación de las personas mayores en sus comunidades.

#### **Para la sociedad civil y las organizaciones comunitarias**

1. **Fortalecer el protagonismo de las personas mayores en la vida pública**, impulsando su participación en organizaciones sociales, espacios comunitarios, consejos ciudadanos y procesos de decisión que afectan su entorno.

2. **Fomentar redes de apoyo mutuo y solidaridad intergeneracional**, mediante proyectos colaborativos, actividades comunitarias, plataformas digitales inclusivas y experiencias de cuidado compartido.

3. **Impulsar una narrativa cultural positiva y diversa sobre la vejez**, que desafíe los estereotipos edadistas y visibilice la pluralidad de trayectorias, identidades y aportes que existen en la vejez.

4. **Colaborar en la formulación y seguimiento de políticas públicas**, generando conocimiento desde la práctica, monitoreando la implementación de los derechos de las personas mayores y construyendo ciudadanía crítica y corresponsable.

#### **Para las propias personas mayores**

1. **Reafirmarse como sujetos de derecho y no como objetos de asistencia**, exigiendo participación, reconocimiento, protección social y oportunidades para una vida plena.

2. **Participar activamente en los espacios comunitarios y cívicos**, fortaleciendo su voz colectiva, acompañando procesos de cambio y transmitiendo saberes y experiencias a las nuevas generaciones.

3. **Adoptar una visión positiva de la longevidad**, que reconozca tanto los límites como las potencialidades de la edad avanzada, promoviendo una vejez activa, solidaria y consciente de su papel transformador.

---

Estas recomendaciones no deben verse como una lista cerrada, sino como una **invitación a la acción coordinada y sostenida**. Solo a través de la colaboración entre actores diversos será posible construir un modelo de sociedad en el que envejecer sea un derecho ejercido plenamente, y no un riesgo a gestionar desde la marginalidad o la urgencia.

## Preguntas abiertas para seguir investigando

El envejecimiento poblacional, en tanto fenómeno estructural, complejo y multidimensional, no puede ser abordado únicamente desde soluciones técnicas o respuestas inmediatas. Su comprensión y gestión requieren **una mirada abierta, crítica y reflexiva**, capaz de identificar no solo los desafíos actuales, sino también las transformaciones futuras, las tensiones emergentes y las posibilidades aún no exploradas. En este marco, plantear preguntas abiertas constituye un ejercicio fundamental para ampliar el horizonte del debate, interpelar los marcos vigentes y orientar nuevas líneas de investigación, diseño de políticas y acción colectiva.

A continuación, se proponen algunas **preguntas estratégicas**, que surgen del análisis desarrollado en este dossier, y que buscan alimentar una agenda interdisciplinaria y transgeneracional sobre el envejecimiento:

- ¿Cómo reconfigurar los sistemas de protección social para que sean sostenibles, universales y sensibles a las trayectorias laborales y de cuidado en contextos de alta informalidad?
- ¿Qué modelo de desarrollo económico puede sostener el bienestar en una sociedad con creciente proporción de personas mayores, sin recaer en visiones extractivas ni excluyentes?
- ¿De qué manera las tecnologías emergentes pueden contribuir a la autonomía de las personas mayores sin reforzar brechas digitales, dependencia tecnológica o vigilancia invasiva?
- ¿Cómo construir un nuevo contrato intergeneracional que distribuya de forma más justa el tiempo, el cuidado, los recursos y el reconocimiento simbólico entre las distintas edades?
- ¿Qué papel puede desempeñar la cultura, el arte y la educación en la resignificación social de la vejez y en la producción de una narrativa diversa, digna y propositiva sobre el envejecimiento?
- ¿Cómo deben transformarse las ciudades, los espacios públicos y las infraestructuras para responder a las necesidades de una población longeva sin reproducir modelos capacitistas o excluyentes?
- ¿Qué políticas fiscales, laborales y territoriales se requieren para evitar que el envejecimiento agudice las desigualdades de género, clase, etnia y territorio?
- ¿Cuál es el rol de las personas mayores como agentes políticos y culturales en la construcción de futuros más justos, democráticos y sostenibles?

- ¿Qué mecanismos institucionales y comunitarios pueden garantizar la participación efectiva de las personas mayores en el diseño, implementación y evaluación de políticas públicas?
- ¿Cómo generar indicadores y sistemas de información más precisos, interseccionales y territorializados que permitan visibilizar y anticipar las dinámicas del envejecimiento?

Estas preguntas no pretenden ser exhaustivas, sino **provocadoras**. Invitan a cuestionar lo dado, a abrir nuevos caminos de pensamiento y a comprometerse con la creación de **saberes y prácticas transformadoras**. Abordar el envejecimiento como un fenómeno global no debe reducirse a gestionar una transición demográfica, sino a imaginar colectivamente nuevas formas de vivir, cuidar, participar y convivir en la longevidad.

# Anexos

## Glosario de términos

### **Edadismo**

Discriminación, prejuicio o trato desigual hacia las personas por razón de su edad, particularmente hacia las personas mayores. Puede manifestarse en actitudes individuales, políticas institucionales, prácticas laborales o representaciones culturales que subestiman la capacidad, autonomía o valor de las personas mayores.

### **Envejecimiento activo**

Enfoque propuesto por la Organización Mundial de la Salud que promueve la optimización de las oportunidades de salud, participación y seguridad con el objetivo de mejorar la calidad de vida de las personas a medida que envejecen. Implica la participación plena en la vida social, económica, cultural y cívica, más allá de la ausencia de enfermedad.

### **Envejecimiento poblacional**

Proceso demográfico caracterizado por el aumento sostenido de la proporción de personas mayores dentro del conjunto de la población. Se produce por el descenso de la fecundidad, el aumento de la esperanza de vida y las dinámicas migratorias. Tiene implicaciones sociales, económicas, culturales y políticas de gran alcance.

### **Esperanza de vida al nacer**

Indicador demográfico que estima el número medio de años que viviría una persona nacida en un año determinado si se mantuvieran constantes las tasas de mortalidad por edad observadas en ese momento. Es un indicador clave del desarrollo humano y la calidad del sistema sanitario.

### **Esperanza de vida saludable**

Número medio de años que se espera que viva una persona desde su nacimiento en condiciones de salud plena, sin limitaciones significativas por enfermedad o discapacidad. Este indicador enfatiza la calidad de los años vividos, no solo la duración de la vida.

### **Tasa de dependencia**

Relación entre la población considerada “dependiente” (menores de 15 años y mayores de 65) y la población en edad activa (15 a 64 años). Se utiliza para estimar la presión económica y social que los grupos no activos ejercen sobre la población productiva.

### **Economía plateada**

Conjunto de actividades económicas, bienes y servicios orientados a satisfacer las necesidades y preferencias de la población mayor. Incluye sectores como salud, cuidados, vivienda, turismo, tecnología, alimentación y entretenimiento adaptado, con fuerte potencial de crecimiento económico.

### **Cuidado de larga duración (CLD)**

Conjunto de servicios y apoyos que requieren las personas con limitaciones físicas o cognitivas prolongadas, orientados a mantener su autonomía y calidad de vida. Incluye cuidados personales, asistencia médica, apoyo psicológico, rehabilitación, entre otros.

### **Estado del bienestar**

Modelo de organización social y política en el que el Estado asume un rol central en la provisión de servicios esenciales como salud, educación, seguridad social y cuidados, garantizando derechos básicos a través de políticas redistributivas y universales.

### **Diseño universal**

Principio de diseño que busca crear entornos, productos y servicios accesibles para todas las personas, independientemente de su edad, condición física o capacidades. Es clave para construir entornos urbanos y digitales inclusivos para las personas mayores.

### **Contrato intergeneracional**

Acuerdo social, explícito o implícito, sobre la distribución de derechos, deberes, recursos y cuidados entre las distintas generaciones. En el contexto del envejecimiento, se refiere a los mecanismos mediante los cuales las generaciones activas sostienen a las mayores y viceversa.

### **Innovación social**

Proceso que genera soluciones nuevas, inclusivas y sostenibles a problemas sociales complejos, mediante la participación de múltiples actores. En el campo del envejecimiento, implica nuevos modelos de cuidado, organización comunitaria, participación y producción de sentido.

### **Cohousing**

Modelo de vivienda colaborativa donde personas mayores (o de distintas edades) comparten espacios y recursos, manteniendo su autonomía individual pero con estructuras de apoyo mutuo. Representa una alternativa a la institucionalización tradicional.

### **Ciudad amigable con las personas mayores**

Concepto desarrollado por la OMS que describe entornos urbanos adaptados para facilitar el envejecimiento activo, mediante accesibilidad, servicios públicos inclusivos, participación social y seguridad.

### **Pensión no contributiva**

Prestación económica otorgada por el Estado a personas mayores sin capacidad contributiva previa (por haber trabajado en la informalidad o no haber trabajado formalmente), como mecanismo de protección contra la pobreza en la vejez.

---

## **Datos estadísticos y gráficas clave**

A continuación se presentan algunos de los datos más relevantes sobre el envejecimiento de la población a escala mundial, regional y nacional. Las cifras corresponden a estimaciones y proyecciones realizadas por la **División de Población de las Naciones Unidas (World Population Prospects 2022)**, la OCDE, la CEPAL y otras fuentes especializadas.

### **1. Proporción de personas mayores (65+) por región (%)**

**Año base: 2022 / Proyección: 2050 y 2100**

<b>Región</b>	<b>2022</b>	<b>2050</b>	<b>2100</b>
Europa	19.1 %	27.3 %	32.1 %
América del Norte	17.0 %	23.9 %	27.1 %
Asia	9.6 %	18.5 %	25.1 %
América Latina y Caribe	9.4 %	18.1 %	27.4 %
Oceanía	11.2 %	17.7 %	22.0 %
África	3.5 %	6.0 %	11.1 %
<b>Mundo</b>	<b>9.7 %</b>	<b>16.4 %</b>	<b>24.0 %</b>

### **2. Evolución de la esperanza de vida al nacer (promedio mundial)**

**Año Esperanza de vida**

1950 46.5 años

2000 66.8 años

2020 72.8 años

## **Año Esperanza de vida**

2050\* 77.2 años

2100\* 82.2 años

*\*Proyecciones según escenario medio de Naciones Unidas.*

### **3. Países más envejecidos del mundo (2022, % población 65+)**

<b>País</b>	<b>% de población 65+</b>
-------------	---------------------------

Japón	29.1 %
-------	--------

Italia	24.1 %
--------	--------

Finlandia	23.3 %
-----------	--------

Alemania	22.8 %
----------	--------

Portugal	22.4 %
----------	--------

Grecia	22.3 %
--------	--------

Bulgaria	21.9 %
----------	--------

España	21.6 %
--------	--------

### **4. Indicadores clave en América Latina (proyecciones 2020–2050)**

- **Población mayor de 60 años**
  - 2020: 90 millones
  - 2050: 201 millones (aproximadamente el 25% del total regional)
- **Cobertura efectiva de pensiones (2020)**
  - Contributiva: ~45 %
  - No contributiva: ~22 %
  - Sin ningún ingreso regular en la vejez: ~33 %
- **Esperanza de vida al nacer**
  - 2020: 76.8 años promedio regional
  - 2050: ~80.5 años

### **5. Tasa de dependencia de las personas mayores (global)**

Proporción entre personas mayores de 65 años y población en edad activa (15–64)

### **Año Tasa mundial (%)**

2020 14.2 %

2050 26.8 %

2100 38.6 %

### **6. Crecimiento proyectado de la población mayor de 65 años (millones)**

<b>Región</b>	<b>2022 2050 % de aumento</b>		
África	47	139	+195 %
América Latina y Caribe	58	143	+146 %
Asia	417	955	+129 %
Europa	202	234	+16 %
América del Norte	62	107	+72 %

---

Estos datos muestran con claridad que el envejecimiento es un fenómeno **global, desigual y acelerado**, con consecuencias muy distintas según el grado de desarrollo, la estructura económica y la capacidad institucional de cada región. Sirven como base empírica para el diseño de políticas y la planificación prospectiva, y permiten dimensionar con precisión los desafíos y oportunidades de la transición demográfica.

# Bibliografía y enlaces recomendados

## Fuentes institucionales y estadísticas

- **Naciones Unidas – División de Población**  
*World Population Prospects 2022*  
<https://population.un.org/wpp>
- **Organización Mundial de la Salud (OMS)**  
*Global Report on Ageism (2021)*  
*Active Ageing: A Policy Framework (2002)*  
<https://www.who.int>
- **Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL)**  
*Panorama social de América Latina 2022*  
*Envejecimiento y derechos de las personas mayores*  
<https://www.cepal.org>
- **Banco Mundial**  
*From Aging to Aging Well: Policies to Support Healthy and Active Aging*  
<https://www.worldbank.org>
- **OCDE – Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos**  
*Pensions at a Glance*  
*Ageing and Employment Policies*  
<https://www.oecd.org/ageing/>

---

## Referencias académicas y marcos conceptuales

- Arber, S., & Attias-Donfut, C. (Eds.). *The Myth of Generational Conflict: The Family and State in Ageing Societies*. Routledge, 2000.
- Binstock, R. H., & George, L. K. *Handbook of Aging and the Social Sciences*. Elsevier, última edición.
- Estes, C. L. *Social Policy & Aging: A Critical Perspective*. Sage, 2001.
- Harper, S. *How Population Change Will Transform Our World*. Oxford University Press, 2016.
- Laslett, P. *A Fresh Map of Life: The Emergence of the Third Age*. Harvard University Press, 1991.
- Powell, J. L., & Wahidin, A. *Foucault and Aging*. Nova Science, 2006.

## Documentos clave por temática

- **Convención Interamericana sobre la Protección de los Derechos Humanos de las Personas Mayores** (OEA, 2015)  
[https://www.oas.org/es/sla/ddi/tratados\\_multilaterales\\_interamericanos\\_A-70\\_derechos\\_personas\\_mayores.asp](https://www.oas.org/es/sla/ddi/tratados_multilaterales_interamericanos_A-70_derechos_personas_mayores.asp)
  - **Global AgeWatch Index** (HelpAge International)  
<https://www.helpage.org/global-agewatch/>
  - **Red Mundial de Ciudades y Comunidades Amigables con las Personas Mayores** (OMS)  
<https://extranet.who.int/agefriendlyworld/>
  - **Plataforma de conocimiento de envejecimiento y políticas públicas – Universidad de Oxford / International Longevity Centre**  
<https://ilcuk.org.uk/>
- 

## Enlaces a recursos digitales complementarios

- **AGE Platform Europe**  
Red europea de defensa de los derechos de las personas mayores  
<https://www.age-platform.eu>
  - **Red Iberoamericana de Universidades Promotoras del Envejecimiento Activo**  
<https://reduaea.org>
  - **Observatorio del Envejecimiento – Fundación General CSIC (España)**  
<https://www.fgcsic.es/observatorio-del-envejecimiento/>
- 

## Nota final

Esta bibliografía ofrece un punto de partida riguroso para quienes deseen **profundizar en el estudio del envejecimiento**, ya sea desde el ámbito académico, la formulación de políticas públicas, el activismo social o la práctica profesional. La actualización permanente de estos recursos es clave para seguir comprendiendo y transformando las realidades asociadas a la longevidad en el siglo XXI.

# Conclusión



El envejecimiento poblacional no es un fenómeno coyuntural, ni una amenaza inminente que debamos contener: es una expresión profunda del progreso humano. Es el resultado acumulado de décadas de avances en salud, educación y condiciones de vida, y constituye una oportunidad única para redefinir los pilares de nuestras sociedades. Sin embargo, aprovechar este potencial requiere transformar los marcos heredados, cuestionar los imaginarios excluyentes y diseñar sistemas que reconozcan la diversidad de trayectorias vitales y la dignidad de cada etapa del ciclo de vida.

Este dossier ha mostrado que las sociedades contemporáneas enfrentan una encrucijada: pueden optar por responder al envejecimiento con lógicas de ajuste, segmentación y asistencialismo, o pueden elegir el camino de la renovación democrática, la equidad intergeneracional y la construcción de un nuevo pacto social. La primera opción conduce al estancamiento y al conflicto; la segunda, a una sociedad más inclusiva, justa y resiliente.

Avanzar hacia esta segunda opción exige compromisos múltiples: desde el rediseño de los sistemas de protección social y el fortalecimiento de los cuidados, hasta el combate frontal al edadismo, la planificación urbana accesible, la innovación tecnológica con enfoque humano y la creación de narrativas culturales que celebren la longevidad como parte de la vida plena.

Lo que está en juego no es solo el bienestar de las personas mayores, sino el modelo de sociedad que queremos construir para todas las generaciones. En un siglo marcado por la incertidumbre, el envejecimiento puede ser —si se asume con

inteligencia, empatía y visión — una de las claves para reorganizar nuestras prioridades colectivas y orientar el desarrollo hacia horizontes más humanos y sostenibles.

